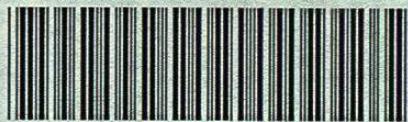


5

INDEX

DS 145  
L6



1020025221



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

EL ANTISEMITISMO

CÉSAR LOMBROSO

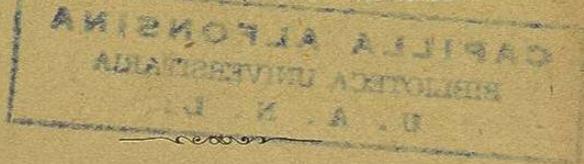
CATEDRÁTICO DE PSYQUIATRIA Y MEDICINA LEGAL  
EN LA UNIVERSIDAD DE TURÍN

EL ANTISEMITISMO

PRIMERA VERSI. N. CASTELLANA Y PRÓLOGO

DEL DOCTOR

FRANCISCO LOMBARDÍA Y SANCHEZ



099584

MADRID  
VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA  
FLOR BAJA, NÚM. 9

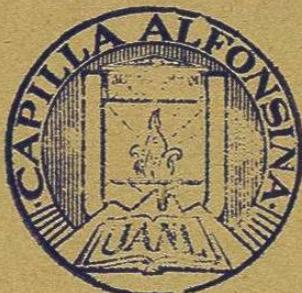
20852

323.62

L1

DS145

L6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Imprenta de Felipe Marqués.—Madera, 11.

## PRÓLOGO

«El libro de Lombroso es convincente y terminante».  
(DR. P. BROUSSE. *Prólogo de la edición francesa de El Antisemitismo*)

«El libro de Lombroso es convincente y terminante», repito yo, al comenzar estas mal pergeñadas líneas, cuyo objeto no es ciertamente ensalzar la presente obra del sabio catedrático de Turín, ni anticipar ideas soberbia imperdonable, tratándose de un maestro tan eminente como el ilustre apóstol de la Antropología criminal.

La solución del problema antisemita interesa hondamente á la humanidad. Es una cuestión religiosa, política y social: tal vez la causa remota de la próxima revolución europea.

¿A qué demostrar el triple aspecto del antisemitismo?

La eterna lucha de las conciencias, ten-

diendo á la libertad, con el fanatismo religioso, esclavizador de los espíritus, está encarnada en el odio antisemita. Nada más dentro de éste que la pugna constante del capital y el trabajo y los incesantes esfuerzos de las ciencias por librar á los pueblos de los amaños maquiavélicos de los sistemas modernos de gobierno, inspirados siempre por prejuicios de raza, religión y posición social.

La historia, maestra de la vida, nos demuestra hartamente elocuentemente todo esto, condensando el movimiento antisemita en unos cuantos nombres perpetuamente execrables: Paulo IV, Pío V; Eduardo I en Inglaterra, Felipe IV y Carlos VI en Francia, Fernando I el Católico en España; Pedro de Cluny, San Vicente Ferrer, Juan de Capistrano; España, Francia, Estrasburgo, Polonia, Austria, Londres; Concilios de 1179, 1240 y 1311, ligados tan íntimamente con las matanzas de 1096, 1146, 1306, 1321, 1541, 1559, 1576, 1614, 1623, 1628, 1659.

La Industria y el Comercio, ricos veneros de prosperidad para los pueblos, son, creo yo, los factores más importantes del asombroso progreso logrado por los judíos. Progreso tanto más admirable cuanto mayores y más

poderosos han sido los obstáculos opuestos en todos los tiempos y en todas las naciones á su realización.

¿Quién, para no mencionar otros casos, ha olvidado las numerosas quiebras bancarias de los últimos años en Francia (*Union Générale, Comptoir d'Escompte, Dépôts et Comptes courants*), y el escandaloso Panamá, con los nombres de Hertz, Reinach y Arton? ¿Qué partido no se ha sacado de todos estos sucesos en provecho del salvaje movimiento antisemita? Los hechos son muy recientes para entrar aquí en un orden más amplio de consideraciones.

No, el judío no es un elemento retrógrado al progreso. Equivócanse aquellos que le consideran semita, lanzando en tal concepto sobre él, el bárbaro anatema de Picard: «El semita es contrario á toda civilización». Lombroso hace pues muy bien, en demostrar evidentemente, por medio de los descubrimientos científicos más recientes, que los términos *judío* y *semita* no son sinónimos; así la cuestión antisemita carece de verdadera base.

La lista de los nombres de ilustres pensadores judíos sería interminable. Disraeli, Spinoza, Heine, Meyerbeer, Castelnuovo,

D'Herschell, Fernando Lasalle, León Gambetta, Carlos Marx. ¡Pléyade brillante de genios universalmente venerados!

Las últimas manifestaciones antisemitas, ocurridas en la nación vecina con motivo del ruidosísimo *affaire* Dreyffus, revistieron un carácter profundamente político; parecía que se avecinaba la reproducción de las luctuosas escenas de los cristianos contra los judíos, en los tiempos medioevales. ¡Honor á Zola, insigne vengador de los derechos hollados y denunciador justiciero de los crímenes impunes!

Planteado en semejantes términos el pavoroso problema, podría preguntarse: ¿Quiénes son en él los verdaderos semitas? ¿Quiénes los verdaderos católicos? ¡Ah! la máscara religiosa ocultaría seguramente á los promotores del odioso movimiento.

.....

Invitado Lombroso á expresar su opinión autorizada sobre el antisemitismo, confiesa él mismo, que sintió alguna repugnancia antes de hacerlo. Su bien cortada pluma ha sido intérprete fidedigno de sus sentimientos: la indignación justa del sabio se ve correr por las páginas de este libro, mezclada con la compasiva admiración hacia ese pueblo tan

desgraciado como útil á la humanidad.

No confía el ilustre Maestro «convencer con su estudio á ninguno de los fanáticos que hacen de una cuestión étnica, un arma al propio tiempo que un pedestal para una gloria insana; cuando una especulación política se fundamenta sobre sentimientos instintivos y sobre tendencias congénitas, la crítica y la persuasión son completamente impotentes.»

¡Síntesis magnífica de su obra! No son necesarias más explicaciones para demostrar sus tendencias y el valor de las doctrinas expuestas en ella.

Llama poderosamente mi atención que Lombroso haya empleado al escribir *El Antisemitismo*, «el admirable método que él implantara en el mundo científico.» Método que, son sus palabras, demuestra la imparcialidad con que ha estudiado cuestión tan difícil y espinosa: método que es otro nuevo progreso de la ciencia antropométrica, á que ha consagrado toda su vida.

El desarrollo extraordinario de los estudios antropológicos, en nuestros días, y especialmente los que afectan á la criminalidad, dan mayor relieve á las obras del sabio médico italiano.

En España, las importantes reformas penitenciarias, decretadas por el actual Ministro de Gracia y Justicia, Excmo. Sr. don Eduardo Dato é Iradier, referentes á la reorganización de la sección directiva del Cuerpo de prisiones y á la creación de un servicio de Depositaria del peculio de presos y penados en los establecimientos penales, estableciendo además que los funcionarios de esta carrera adscritos á la sección directiva, especialicen sus funciones consagrándose á los estudios criminológicos y á la práctica del régimen penitenciario, que se habrá de definir en sus respectivos reglamentos, hacen altamente necesarias las obras de autores como César Lombroso, ya que en nuestra nación son, por desgracia, muy contados los talentos que se consagran á los estudios criminológicos. Entre ellos merece especial mención, mi distinguido amigo y maestro, el ilustre catedrático de la Universidad Central, Dr. D. Rafael Salillas, autor de varias obras penales, entre ellas, *La vida penal en España*, y de memorias tan interesantes como la intitulada: *Demarcación de la naturaleza patológica del delito*, leída recientemente en el XIV Congreso internacional de Medicina celebrado en esta Corte.

Finalmente, el acuerdo de esta venerable asamblea científica, tomado á propuesta de nuestro compatriota el distinguido Dr. don Nicasio Mariscal, declarando de urgente necesidad la creación de un Tribunal Supremo de medicina legal, compuesto de personas prácticas y acreditadas, encargado de resolver en última instancia las diferencias que puedan surgir entre los informes de dos forenses ó de éstos y los peritos ó profesores de laboratorios, habla mucho en pro del estudio de la antropología criminal, haciendo necesaria la divulgación de las obras escritas por sus más genuínos campeones. ¡Bien hayan los que tal hicieren: la humanidad les tributará un agradecimiento impercedero, bendiciendo eternamente los nombres de Lombroso, Brouardel, Ferri, Aguanno, Du Hamel, Prins, Garofalo, Rosemblatt, Erzynnschi, Manouvrier, Magnan, Guillot, Proal, Gamba, Marro, Topinard, Taladriz, Oloriz, Salillas y Mariscal!

Madrid 1.º de Mayo de 1903.

DR. FRANCISCO LOMBARDÍA.

## DOS PALABRAS

---

Invitado, hace algunos meses por la *Neue Freie Presse* y por la *Revue des Revues*, á expresar mi opinión sobre el Antisemitismo, confieso no haber aceptado de buen grado. Experimentaba esa instintiva repugnancia que siente todo hombre de ciencia, aun el más complaciente, cuando se ve precisado á abordar el estudio de una manifestación entristecedora del espíritu humano. Exa-

minar un rencor habido entre pueblos, incapaz de tener justificación alguna en nuestros días, es, á decir verdad, una labor odiosa é ingrata, á la que es altamente penoso someterse.

Mas, según acaece frecuentemente, una vez comenzado el trabajo, van desapareciendo las primitivas repugnancias; así yo, conforme desechaba las que había anteriormente experimentado, sentía esa necesidad de investigar y profundizar que caracteriza á todo hombre deseoso de aprender, en presencia de un problema, cuya solución desconoce. Creo profundamente que un fenómeno humano que se observa en tantas regiones é individuos merece un estudio muy atento.

Había intentado anteriormente resolver con la ayuda de la antropología y de la psiquiatría las cuestiones más difíciles, por ejemplo, la naturaleza del *genio*, del *delito simple* y del *delito político*; no debía, pues, serme demasiado árido el presente problema, gracias al método implantado por mí en el mundo científico, método que en el caso que ahora nos ocupa, debía ser una salvaguardia de mi

imparcialidad. La labor parecióme finalmente cómoda, cuando comprendí que podía ayudarme de estudios de genios tan eminentes como MM. Leroy Beaulieu (1), Novikow (2), Luschan (3), Jacobs (4) y Bernardo-Lázaro (5).

El testimonio de estos maestros, pertenecientes á las naciones que más se han distinguido en pro y en contra del semitismo, ha constituido para mí una nueva garantía de rectitud é imparcialidad, ante las dudas que hubieron de asaltar-me acerca del método empleado durante tantos años.

No confío, sin embargo, convencer á ninguno de los fanáticos, que hacen de una cuestión étnica un arma al propio tiempo que un pedestal para una gloria insana; cuando una especulación política se fundamenta sobre sentimientos

(1) *Israel chez les Nations*, 1800.

(2) *Lutte entre les races humaines*, 1891.

(3) *Position anthropologique des Juifs*, 1892.

(4) *The News-Journal of the Anthropology Institute*, Great Britain, 1885-6 y 1891.

(5) *L'antisemitisme*, 1894.

instintivos y sobre tendencias congénitas, la crítica y la persuasión son completamente impotentes.

Turín 2 de Diciembre de 1898.

LOMBROSO.

## CAPÍTULO PRIMERO

### CAUSAS DEL ANTISEMITISMO

Contrastando con la vigorosa y universal aceptación que, en nuestros tiempos, han logrado las hermosas tendencias á la filantropía y á la fraternidad internacional, hácese sentir hoy, extendiendo rápidamente sus dominios por entre las naciones más civilizadas de Europa, el hálito de un odio salvaje, que amenaza resucitar las horribles escenas de los más luctuosos días de la Edad Media; es el hálito del antisemitismo, que ha

instintivos y sobre tendencias congénitas, la crítica y la persuasión son completamente impotentes.

Turín 2 de Diciembre de 1898.

LOMBROSO.

## CAPÍTULO PRIMERO

### CAUSAS DEL ANTISEMITISMO

Contrastando con la vigorosa y universal aceptación que, en nuestros tiempos, han logrado las hermosas tendencias á la filantropía y á la fraternidad internacional, hácese sentir hoy, extendiendo rápidamente sus dominios por entre las naciones más civilizadas de Europa, el hálito de un odio salvaje, que amenaza resucitar las horribles escenas de los más luctuosos días de la Edad Media; es el hálito del antisemitismo, que ha

hallado nombre y asilo en Alemania, pero que ya se había manifestado, bajo otras denominaciones menos científicas en épocas más remotas, permaneciendo oculto en los profundos subsuelos de las naciones europeas.

Es éste un fenómeno demasiado importante para que el sociólogo no se preocupe de él, estudiando sus causas y sus remedios.

¿Cuáles son las causas más aparentes del antisemitismo?

Se ha invocado, á este propósito, la escasa afinidad de las razas, principalmente en los países en que las relaciones no han sido secundadas por los matrimonios y los intereses recíprocos. Esta causa es inadmisibile; en efecto, las divergencias más notables de raza encuéntranse entre los pueblos que se han fusionado. Puede asimismo afirmarse que ningún país de Europa deja de presentar un verdadero mosaico de razas muy variadas. En Francia vense juntas las razas céltica, vasca, latina y germánica: en Inglaterra, la céltica con la anglo-sajona y la latina.

Dícese también que el antisemitismo obedece á las excesivamente considerables riquezas de los judíos; Bebel indica como una de sus causas en Alemania, el total acaparamiento

que ellos han hecho del comercio agrícola; nosotros no vemos, sin embargo, que en análogas circunstancias, nuestros grandes propietarios agrícolas, ni los riquísimos capitalistas ingleses y americanos hayan sido víctimas de un odio instintivo tan encarnizado.

En Rusia, el judío es reemplazado en todas partes por el *Koulak* (el labrador prestamista), mirado ya con prevención en todos aquellos lugares, donde no habitan judíos rusos. Debemos consignar que no se ha adoptado medida alguna contra el *Koulak* libre de los odios populares.

No puede dudarse que el capital rústico, en su pugna con el capital industrial, se ha convertido en antisemita, porque el judío es para el propietario territorial el representante más típico y genuino del capitalismo comercial é industrial. En Alemania, los agricultores proteccionistas son hostiles á los judíos, colocados siempre en primera línea entre los libre-cambistas. Los judíos se oponen por esencia y por interés á la teoría fisiocrática, que atribuye la soberanía política á los poseedores de la tierra, defendiendo en contra de ésta, la teoría mercantil que hace del poder la apoteosis de la industria.

Es no menos cierto que la inmensa mayo-

ría de los judíos, cerca de siete octavas partes, viven en una extrema pobreza. En Rusia, Galicia, Rumanía, Servia y Turquía, su miseria es verdaderamente horrible. Siendo en su mayor contingente artesanos, padecen el actual estado de la sociedad, tanto como los asalariados cristianos. Tampoco faltan entre los proletarios más desheredados. En Londres, en esa compacta población judía del East-End, formada por emigrados poloneses, los jornaleros judíos ocupados en los talleres de confección trabajan doce horas diariamente, ganando por término medio 62 céntimos por hora; empero los más vacan tres días cada semana, otra parte no trabaja más que dos ó tres días, y en todo tiempo, de diez á quince mil judíos, faltos de ocupación, perecen de hambre, en la gran ciudad británica, en medio de la más angustiada penuria. En New-York, viven doscientos mil judíos, de los cuales muchos estaban sujetos, antes de la fundación de la *Union des Tailleurs*, á veinte horas diarias de trabajo, lucrando un jornal de cinco á seis dollars por semana; después, aun cuando su salario no ha recibido aumento, ha sido en cambio reducida la jornada á diez y ocho horas, y en algunos establecimientos,

á diez y seis (1). En Rusia, su situación es más crítica. En Vilna, los judíos ocupados en las manufacturas de hilaturas inferiores ganan cuarenta kopeks (2), por jornada de catorce horas de trabajo; cincuenta kopeks es el salario medio de los hombres en todas las industrias, por jornadas que varían entre catorce y veinte horas; la inmensa mayoría de los obreros residenciados en las ciudades del territorio no encuentran donde emplearse (3). En Galicia, la situación del pueblo obrero no es mejor; otro tanto acontece en Rumanía.

Se ha exagerado, pues, en mucho la riqueza del judío.

«Existen numerosos judíos ricos en casi todas las poblaciones europeas; la mayor parte de este pueblo ha sido, no obstante, siempre pobre y continúa siéndolo hoy, ha escrito Mac-Culloch (*Principe d'économie politique*, pág. 17, 18). Kossuth ha consignado en una carta dirigida contra el antisemitismo al diputado Mezey: «El progreso de los

(1) Miss I. Van Etten: Los judíos rusos considerados como inmigrados. (*The Forum* núm. de Abril de 1893).

(2) El kopek vale cuatro céntimos.

(3) LÉO ERRERA. *Les Juifs Russes*.

judíos en Hungría, depende de su actividad y de su espíritu económico; no son los judíos la causa del atraso general, sino aquellos que imbuídos de prejuicios no pueden rivalizar con ellos. Yo recuerdo, á este propósito, á los Maggiars: no hay un solo judío entre los crosos americanos, porque el judío no puede competir con el americano.»

Bernardo-Lázaro sostiene que la causa principal del antisemitismo es el exclusivismo de los judíos, fomentado por la ley antigua y por el Talmud.

Según él, «la fidelidad de Israel á su ley fué una de las primitivas causas de su reprobación».

«Es indudable que, si los israelitas practican todavía hoy el mosaismo puro, no hubieran podido, en un momento determinado de su historia, modificar este mosaismo de tal manera que no subsistieran más que sus preceptos religiosos ó metafísicos». Una cosa impedía esta fusión: la preponderancia de los doctores avalorada por razones de patriotismo.

«Cuando la nacionalidad judía se hallaba en peligro, vióse, bajo Juan Hircán, á los fariseos declarar impuros los territorios de los pueblos extranjeros, é impuras tam-

bién las relaciones entre judíos y griegos».

«Si estas prescripciones hubieran perdido su autoridad, cuando desaparecieron las causas que las habían motivado, y en cierto modo justificado, el mal no alcanzara tan grandes proporciones; más se las ha resucitado en el Talmud, sancionadas nuevamente por la autoridad de los doctores».

«Los doctores exaltaron su ley, sobre todas las cosas, para mantener al pueblo de Dios, al abrigo de las influencias malignas. Declararon á este fin, que sólo su estudio debía alegrar al Israelita, y, como la vida entera apenas basta para conocer y profundizar todas las sutilezas y la casuística de esta ley, prohibieron consagrarse al estudio de las ciencias profanas y de las lenguas extranjeras». «No son bien quistos entre nosotros, los que aprenden muchos idiomas», decía ya en su tiempo Josefo; no sólo son desestimados, además se les excomulga».

«Otra causa de exclusivismo ha sido el indomable patriotismo de Israel» (Bernardo-Lázaro).

«Todos los pueblos se han visto combatidos en sus propios originarios territorios. Vencidos, condenados al destierro y á la esclavitud, permanecieron fieles al recuerdo

de la patria perdida; ninguno empero tan exaltadamente patriota como el judío... Jerusalén era la ciudad del templo único, el solo lugar del mundo donde podía adorarse eficazmente á Dios y ofrecerle sacrificios. Tarde, muy tarde, eleváronse otras mansiones piadosas, en diversas poblaciones de Judea y de Grecia».

Ellos alejábanse de los hombres por sus ritos y sus costumbres: tenían por impuro el suelo de los pueblos extranjeros, procurando por eso en cada ciudad adjudicarse una especie de territorio sagrado. Habitaban aparte, en cuarteles especiales, no tratándose con los extraños, viviendo aislados, y administrándose en virtud de privilegios, cuyos celosos mantenedores eran y que excitaban la envidia de todos sus vecinos. Elegían sus mujeres entre las judías y á nadie recibían, temiendo ser afrentados. Ahora bien, obsérvese un exclusivismo análogo, acaso más radical, entre los persas, brahmanes, mahometanos y chinos, sin que él haya suscitado contra ellos una especial aversión; por lo demás, los judíos poseían florecientes colonias en Roma (20.000 en tiempo de Tiberio), Alejandría, China y en la India, antes y después de formado el Talmud.

No existe un lugar del Universo, escribe Strabon, que no haya albergado á esta raza. Antes de la Edad Media estaban ellos alejados de Jerusalén; así cuando Juliano el Apóstata, que había abolido las leyes restrictivas de Constantino y de Constancio, contra los judíos, quiso reconstruir el templo de Jerusalén, las comunidades israelitas extranjeras permanecieron sordas al llamamiento imperial: habíanse desentendido de la causa nacional, contribuyendo muy mucho á su retraimiento la diseminación de los judíos, que los obligaba á una ayuda mutua. Si su exclusivismo llevaba á los judíos hasta denegar, durante largo tiempo como los mahometanos hubieron de hacerlo respecto del Coran, todo libro que no fuese la Biblia, toda lengua ajena á la hebraica, y si aún en tiempos muy próximos á los nuestros, era un crimen en Polonia y Alemania leer libros alemanes, no se sintieron por eso menos influidos por la evolución é impulsados á romper el círculo fatal que estorbaba su progreso; ellos llegaron, en breve tiempo, hasta el exceso opuesto: nadie dudará de esta aseveración, sabiendo que fueron los propagadores del Averroismo, doctrina que representaba por aquel entonces el grado más radical de

la evolución y aún de la revolución del pensamiento y del ateísmo; los judíos aportaron igualmente, los primeros en Alemania, los gérmenes del socialismo, del que son hoy los más entusiastas y fervorosos apóstoles. Su exclusivismo sólo fué por consiguiente temporal; también pudiera afirmarse que retrogradaron durante algún tiempo, para luego avanzar mejor é ir más lejos que los otros pueblos.

No puede invocarse tampoco como razón suficiente del odio antisemítico, la diferencia de culto, apenas considerada en los tiempos modernos. ¿Es que el budhista, el mahometano, suscitan en nosotros sentimientos de antipatía?

Creo que necesitamos remontarnos para esto á dos causas mucho más influyentes, ambas atávicas y por consiguiente preponderantes.

La primera proviene del secreto placer que todo hombre experimenta en creerse superior á los otros; sentimiento que aumenta naturalmente haciéndose nacional, porque aparece desligado de toda vanidad personal, exagerándose con la imitación.

Esta causa explicanós precisamente el odio entre los Poloneses y los Rusos: aunque es-

lavos, unos y otros, el vencedor se complace en hacer sentir su dominación al vencido, terminando por creerse de otra sangre; es suficiente para comprender esto, leer lo que el Brahman piensa del Coudra, cuyo contacto le parece infamante y lo que los sabios ingleses escribían, anteriormente á Gladstone, de los Irlandeses, á quienes reputaban imperfectibles. Los desprecios reaccionan naturalmente, á su vez, contra sentimientos tan injustos; de esta suerte se enconan y acentúan las aversiones.

La segunda causa se refiere á la «extratificación mnemónica». Uno de sus gérmenes fué el odio concebido por los Romanos contra el pueblo que osaba resistirlos, y que, con el Cristianismo, suscitó contra ellos, una verdadera revancha política. Este sentimiento de odio acreció formidablemente en la Edad Media, cuando la casta clerical constituida en maestra del espíritu europeo, le erigió en un deber y en un rito.

«Vislumbrábase ya el antisemitismo en las sediciones de las grandes ciudades antiguas contra los judíos. Esos motines dirigiáanse, en Roma, Antioquía y Alejandría, más contra el extranjero que contra la raza, y sobre todo, la plebe griega y romana mejor

atacaban á los usos y costumbres diferentes, que á los enemigos de los verdaderos dioses. Otro tanto sucedió entre los escritores clásicos: el profesor Mr. Von Treitschke figura en el numeroso catálogo de los detractores de ilustres antepasados judíos. Juvenal y Tácito, (1) ocupándose del sábado y de la circuncisión, inquietábanse, ya en su tiempo, «por la judaización de la sociedad antigua.» (Leroy-Beaulieu, *ob. cit.*)

Interviene en este punto otro elemento, que no por ser secreto, ha sido menos influyente: el Vaticano, y por idénticas razones, el santo Sínodo; los hijos de la sociedad antigua, enemigos del progreso moderno, veían en el Hebreo, el representante de la revolución, el que lucraba las mejores ventajas, el primero en todos los movimientos reformadores: odiábanle por todas estas razones, así como por su fidelidad á las tradiciones de sus mayores.

La Iglesia Romana fué, durante la reacción dogmática y teológica que siguió á la Reforma, la única autoridad, que persiguió sistemáticamente el judaísmo. Paulo IV puso en vigor las antiguas leyes canónicas, man-

(1) Tácito, *Hist.* vol. V. Juvenal XIV, p. 100.

dando quemar á los «Marranos,» y Pío V, después de haber publicado su Constitución contra los judíos, los expulsó de sus Estados, excepto de Roma y Anconia, mientras que los españoles, conforme dilataban sus conquistas en Italia, los arrojaban de Nápoles, Génova y Milan.

«La Iglesia intervenía algunas veces en favor de los judíos, cuando estos luchaban con los odios de las muchedumbres, manteniendo esos rencores y suministrándoles nuevas fuerzas para combatir el judaísmo: ella no lo impugnaba sin embargo por iguales motivos.

»Fiel á sus principios, perseguía el espíritu judío bajo todas sus formas. Alentando la realización de su concepto de los Estados cristianos, dirigidos y dominados por el papado, la Iglesia tendía á reducir todos los elementos hostiles á sus propósitos; ella inspiró, acordándose con sus planes, la violenta reacción de Europa contra los árabes y la lucha de las naciones europeas contra el mahometismo, sucesos á la vez político y religioso.

»El peligro musulmán era solamente un peligro externo; la Iglesia reputaba más graves los peligros interiores que amenaza-

ban minar la constitución de los dogmas. Conforme aumentaba su poder, y á medida que lograba su máximum de catolicidad, anatematizaba con mayor vigor la herejía... Todos estos procedimientos eclesiásticos avivaron los sentimientos antijudaicos de los reyes y los pueblos; ellos fueron las causas generatrices de un especial estado de espíritu, que acentuaron para los reyes los motivos políticos, y para los pueblos los motivos sociales. La Iglesia propagó así el antijudaismo, no librándose de éste clase alguna de la sociedad, porque todas las esferas de ésta hallábanse más ó menos sometidas á la Iglesia, é inspiradas por sus doctrinas; todos debían ó creían deber perjuriar á los judíos. Los nobles sentíanse ofendidos por sus riquezas; los proletarios, los artistas y los campesinos, el pueblo en una palabra, irritados por sus usuras. La Iglesia incitó á los reyes á adoptar contra ellos medidas restrictivas, marcándoles además con signos afrentosos.

»No bastaba vejarles, expulsarles, como lo hicieron Eduardo I en Inglaterra (1287), Felipe IV y Carlos IV en Francia (1306 y 1394), Fernando el Católico en España (1492); se les degollaba cruelmente en todas partes.

»Cuando los cruzados marcharon á rescatar el Santo Sepulcro, preparáronse á la guerra santa con la inmólación de judíos en holocausto á la divinidad airada; siempre que las exacciones, la miseria, el hambre, las calamidades, en fin, afligían á los pueblos, éstos vengábanse en los judíos á quienes trataban como víctimas expiatorias. «¿Para qué ir á combatir musulmanes, gritaba Pedro de Cluny, teniendo entre nosotros á los judíos, peores que los sarracenos?»

«¿Qué hacer contra la epidemia, sino asesinar á los judíos, que conspiran con los leprosos para emponzoñar las fuentes? Así se les extermina en York, Londres, España, á instigación de San Vicente Ferrer, en Italia por las predicaciones de Juan Capistrano, en Polonia, Bohemia, Francia, Moravia y Austria. Se les abrasa en Estrasburgo, Maguncia y Troyes; en España, millares de ellos perecen en la hoguera; en otras partes ábreseles el vientre á fuerza de golpes de horquilla y de guadaña ó se les aplasta como perros» (Bernardo-Lázaro).

El *affaire* Dreyffus nos ha descubierto que el Vaticano, ó cuando menos los jesuitas no han olvidado sus antiguas mañas, no renun-

ciando medio alguno, por triste que fuese, aún los del antisemitismo, del que no desconocían, quedaban restos en el pueblo, para aprisionar á Francia entre sus manos, para verificar la antítesis del 89, después de haber preparado el terreno en las clases, no diré más ilustradas, pero sí mejor acomodadas, con sus contrafiguras de los Diderot y los Voltaire, con los Brantetiere, los Proal, etcétera. Inventaron, hace dos siglos, los crímenes de hechicería y de antropofagia pascual; en la nación vecina, agitada por las emociones patrióticas, valieron contra los hebreos y los liberales del arma más eficaz del patriotismo, la traición.

Francia, una de las últimas naciones en el movimiento antisemita, aunque pareció que, en cierto momento, se ponía luego á su cabeza, ofrece un ejemplo sorprendente de la complejidad de las causas generatrices de ese estado que pudiéramos dehominar psicopatía del antisemitismo epidémico.

Estas causas pueden ser relacionadas aquí á ciertas agrupaciones:

Figura desde luego en primer término, la que hemos señalado como común á todos los países: la envidia excitada por la riqueza ostensible de algunos judíos.

No llegan á 100.000, y ocupan en Francia un gran lugar en los parlamentos, en la administración civil y en la armada, en cuyas instituciones aspiran á obtener los grados que merecen su intelectualidad y sus esfuerzos; de aquí el *grito* de los envidiosos jurídicamente relegados, que claman que Francia está acaparada por ellos; he aquí las verdaderas causas de la envidia.

Otro orden de causas refiérese á las quiebras sucesivas de estos últimos años en Francia (*Unión Générale, Comptoir d'Escompte, Dépôts et Comptes courants*, etc.) En fin, la quiebra nacional del Panamá, con los nombres de Hertz, Reinach y Arton ha colmado la exasperación de miríadas de insignificantes gentes comprometidas en la gran catástrofe económica.

Todas estas estafas bancarias tan imputables eran en el fondo á los judíos como á los cristianos; más en ninguna de ellas leíanse otros nombres que los suyos, porque sabido de todos es, que las cuestiones financieras constituyen su elemento de acción más frecuente; se ha culpado de todo á los judíos, aún cuando los cristianos, diez veces más numerosos, debieran compartir con ellos las responsabilidades.

La libertad de prensa, permitiendo la publicación de un periodismo intérlope, ha servido á los adversarios fanáticos para concitar sobre ellos el odio público, porque el clericalismo de los papistas y de los jesuitas no habría de perdonarles nunca su adhesión en masa á la libertad de conciencia y el apoyo, merced al cual, según ellos, la francmasonería hubiera sido capaz de lograr una laicización aborrecible. Los decretos del artículo séptimo que necesariamente suscribirían, no eran más que la ampliación explicativa de la máxima del tribuno semita Gambetta, cuando osó gritar para que se atajaran los avances del clericalismo. Así se estableció, por la reacción, una campaña contra los judíos, tramándose la resistencia obscurantista que terminaría con el escándalo de un proceso fracasado de alta traición, en el cual se pensaba ejecutar, en efigie, todo el semitismo (1).

(1) Estas consideraciones etiológicas, deducidas de mi método antropológico, acaban de recibir una consagración inesperada por la pluma de uno de mis adversarios más irreductibles sobre el terreno de la antropología. (Congresos de Bruselas y Génova). El senador Mr. J. Zakrewski las ha expuesto y desarrollado,

En Argel, los partidarios más rabiosos del antisemitismo aducen además como causas de éste, las influencias climatéricas y la excitación latente de tres millones de musulmanes airados contra 50.000 judíos, favorecidos por la ley Crémieux. (Crémieux era otro semita, enviado de Gambetta). La sangrienta represión del primer levantamiento consecutivo (1871) ha duplicado estos odios, que se encargaron de atizar más la prensa y la agitación política local.

Adviértese pues, por todos estos ejemplos que no hay para qué extrañar la unión de las naciones europeas en una persecución que, además de satisfacer á la vez el doble fin de gozar haciendo mal y amargar el disfrute de las riquezas adquiridas, es considerada como una obra piadosa; compréndese por otra parte que los caracteres de un odio tan feroz se hayan tornado tanto más tenaces y activos cuanto son más inconsciente-

siguiendo un método absolutamente diferente, en una serie de artículos publicados en *Nowsti* en los días 6 y 7 de Diciembre de 1898. Este escritor dudó lógico es suponerlo, aceptar como seguros mis procedimientos; su adhesión á mis conclusiones es la más pujante demostración de su validez.

mente transmitidos á los descendientes de los antiguos perseguidores.

Añádase á esto, en cierto país, el aislamiento de la vivienda, el contraste de las costumbres, de la alimentación y del lenguaje y la concurrencia comercial. Todas estas causas fomentan las envidias y aumentan las diferencias reales ó aparentes, haciendo el envilecimiento de los judíos, deseable y útil á los particulares, cuando no á la nación. Ocasión tendremos de examinar la epidemia psíquica que difunde y multiplica los odios y las leyendas.

## CAPÍTULO II

### DEFECTOS DE LOS JUDÍOS

Imposible negar que las persecuciones sufridas por los judíos, no han sido, en cierto modo, motivadas por su mismo carácter.

Nunca les han faltado inteligencia y astucia. No, muy al contrario. Empero el hábito continuo de dedicarse durante tantos años al comercio, desarrolló en ellos esas corrientes de maulería y falacias y algo de la energía muscular, que observamos comunmente en todos los comerciantes; el pueblo al advertir estas facultades tan preponderantes entre los judíos, no se cuidó de no

mente transmitidos á los descendientes de los antiguos perseguidores.

Añádase á esto, en cierto país, el aislamiento de la vivienda, el contraste de las costumbres, de la alimentación y del lenguaje y la concurrencia comercial. Todas estas causas fomentan las envidias y aumentan las diferencias reales ó aparentes, haciendo el envilecimiento de los judíos, deseable y útil á los particulares, cuando no á la nación. Ocasión tendremos de examinar la epidemia psíquica que difunde y multiplica los odios y las leyendas.

## CAPÍTULO II

### DEFECTOS DE LOS JUDÍOS

Imposible negar que las persecuciones sufridas por los judíos, no han sido, en cierto modo, motivadas por su mismo carácter.

Nunca les han faltado inteligencia y astucia. No, muy al contrario. Empero el hábito continuo de dedicarse durante tantos años al comercio, desarrolló en ellos esas corrientes de maulería y falacias y algo de la energía muscular, que observamos comunmente en todos los comerciantes; el pueblo al advertir estas facultades tan preponderantes entre los judíos, no se cuidó de no-

tar que ellas eran también patrimonio de cuantos ejercían la misma profesión: por eso creyéronlas propias sólo de los israelitas.

Es necesario invocar además la frecuente propensión á degenerar, que causa entre ellos un considerable número de genios, así como de neuropáticos, megalómanos y ambiciosos.

La necesidad de vivir aparte adquirió aún mayor incremento en la inmensa mayoría de los judíos, por la antigua costumbre de morar recogidos en pequeñas calles, en los *ghetti*, particularmente en Oriente y en Rusia; añadamos en fin á esto, ese extraño habitual tesón de conservar en cada país, España, Oriente, sus arcaicas costumbres y hasta sus vestidos de los tiempos medioevales, á los cuales concedían una importancia casi religiosa, fenómeno que, según veremos en otro lugar, contrasta muy mucho con ese amor á la innovación de que hoy ofrecen al mundo gallardos ejemplos.

Este conservatismo de las formas acompaña al conservatismo religioso, practicado rigurosamente no sólo en los grandes momentos del culto, sino hasta en los ritos que no se avienen con el espíritu de nuestra época.

La antiquísima religión judaica, siguiendo en esto la ley de todas las religiones que sufren modificaciones, conforme van envejeciendo, ha dejado crecer sobre sus bellos dogmas monoteistas, para suplir su extrema simplicidad, una colección de pequeños ritos, á los que los fieles, principalmente los santurrones, dan más importancia que á todos los otros principios religiosos.

De esta suerte, la bárbara práctica de la circuncisión, que no es, según ha demostrado Spencer, más que un rudimento simbólico de los sacrificios humanos y los absurdos ritos de los ayunos pascuales, que se diferencian de todos los acostumbrados por los pueblos circundantes, atrajéronse naturalmente el ridículo y la desconfianza por la exagerada importancia que les prestaban los ortodoxos.

El procedimiento de ceñirse los brazos y la cabeza, con pedazos de cuero, que contenían ciertas fórmulas religiosas (Dios es único), remóntase ciertamente á los tiempos en que la palabra escrita, aun en el período de su nacimiento, asumía para la mayor parte una extraña importancia, una significación simbólica y misteriosa, que concedía á una máxima escrita el poder de realizar

milagros. En nuestros días, en que todo el mundo, hasta el último de los criados, lee diariamente millares de líneas en cualquier periódico, una fórmula escrita, á la cual se atribuyera una interpretación mágica, provocaría la risa ó acaso suscitaria la idea de tenebrosos misterios.

Lo peor es que ellos llevan más lejos su ceguedad: así, el verdadero ortodoxo judío, del que afortunadamente existen hoy muy raros ejemplares, muéstrase en sus rutinarias tendencias todavía mucho más exagerado: él llega hasta llevar en sus hábitos religiosos, fragmentos de aquellos *guippu* ó bordados mnemónicos en hilos que llevaban los hombres primitivos, los Peruvianos, por ejemplo, antes que fueran conocidos la escritura ideográfica y el alfabeto fonético. Ellos radicalizan su fanatismo hasta servirse de los dientes en la cruel ceremonia de la circuncisión, en la cual acostumbran también á emplear los sílex cortados de nuestros antepasados de las cavernas.

Esta tendencia conservadora ha arrastrado al judío á intolerancias atrozmente bárbaras. En el siglo XVII, la agrupación israelita más culta del globo, prohibió la circulación de las obras de Baruch Spinoza.

Moisés Mendelssohn, verdadero modelo de *Nathan el Sabio*, vió en pleno siglo XVII, condenados su pentáteuco y sus salmos alemanes, por los rabinos de Alemania y Polonia. ¡Esto no es todo! La sinagoga de Berlín anatematizó los escritos en lengua vulgar, arrojando de su seno á uno de sus miembros por haber leído un libro alemán. ¡La lectura de un libro alemán constituía, hace poco más de un siglo, para los judíos, un enorme delito! (Leroy-Beaulieu).

«El judío tiene una inteligencia superior, pero le falta carácter: lo que sostiene ó afirma aquélla, piérdelo frecuentemente este. Es una de las razas más obstinadas de la tierra: solamente los perseverantes y los enérgicos han podido luchar á la par entre ellos, más habiendo ella adoptado para resistir la máscara de la humildad, de esa flexibilidad que la ha hecho legendaria, resulta afeada por una inferioridad moral. El judío no ha logrado tamaña flexibilidad de todo su sér, sino á costa de grandes sacrificios. A fuerza de arrastrarse bajunamente ha adquirido á su placer humildosas actitudes. Sujetándose á desempeñar igualmente todos los oficios, se ha habituado á repugnantes compromisos; él es casi siempre un servil

adulador, y en la lucha por la vida, ha sacrificado en muchas ocasiones al interés personal ó al afán de lucro, el honor y la conciencia». (Leroy-Beaulieu).

Además, el judío ha perdido completamente algunos de sus grandes caracteres históricos. El valor, el desprecio de la vida eran dos de las notas más salientes de esa robusta raza, que creyó adorar al Dios de las conquistas y de la destrucción, y que vertió raudales de su propia sangre en la heroica defensa de Massad, donde el vencedor romano contempló con sus propios ojos—espectáculo absolutamente nuevo para él—toda una ciudad, suicidándose para no sobrevivir á la vergüenza universal.

Hoy, el número ínfimo de suicidas y los escasos guerreros que salen de entre los judíos, demuestra que no es el valor su característica como en tiempos anteriores; antes bien parecen denotar esas cifras, que al antiguo arrojo ha sucedido una instintiva timidez y un ridículo miedo de la muerte.

Una de las causas de esta decadencia, así como de su astucia é hipocresía proviene (Leroy-Beaulieu), de que los judíos han padecido la influencia de la pobreza hereditaria, de la indigencia que, bajo un cielo incele-

mente, envilecen el alma y el cuerpo. En Rusia y Rumanía déjase, aún en nuestros días, sentir sobre ellos todo el peso de las leyes hostiles: no pueden vivir sino por disimulo, burlando astutamente las mallas de la ley que les aprisiona. La proporción no es igual entre los judíos y los cristianos: esta desigualdad obliga á aquéllos al fingimiento. (Id).

«El rabino Josué, padre de Salomón Maimón, excitaba á sus hijos á luchar por la astucia:—Nada de violencias, decía constantemente este hombre de sentido, mejores son las estratagemas. Los hermanos menores de Salomón robáronle un día con mucha destreza, los botones de su calzón. Salomón se lamentaba:—¿Por qué te los dejaste robar?—replicóle su padre;—procura otra vez ser más malicioso».

«Recordemos, escribe Leroy, los oficios más honrados, ejercidos por sus padres: buhonero, chalán, tabernero, mercader de ropas viejas; recordemos las de tesorero del rey ó del sultán, pagador y cobrador de impuestos: muy cierto que no son estas las profesiones que elevan el espíritu y ennoblecen el carácter.

»Colono del fisco ó del amo, el judío ase-

méjase á las aves nocturnas que se dejan cazar ó arrebatar por obedecer al Señor. Es el agente hereditario de todas las opresiones y exacciones. Tratado sin piedad por sus superiores, duplica él su crueldad con los inferiores, sacándoles todo lo que puede en provecho de los que no ven en él más que una esponja asaz porosa.

«He aquí un ejemplo: el *factor* de Levante, el judío polonés, empleado durante mucho tiempo por el Estado y aún por la Iglesia para cobrar los impuestos, cuotas, censos, créditos, y toda clase de rentas. Este factor tiene dos caras: es profesionalmente un hombre de doble rostro: obsequioso y servil, sin abandonar nunca la sonrisa de la adulación delante de su amo: cruel, altanero, burlón con el campesino y el deudor. Este es, pues, el judío: todo al mismo tiempo humilde y arrogante, bajuno y ferocemente chocarrero, según el hombre con quien habla». (Leroy-Beaulieu).

La raza judía no es fuerte. El judío, principalmente el de los grandes centros del Este, es con mucha frecuencia pequeño, delgado, de presencia derrotada, miserable. Ninguna raza presenta menos caracteres de vitalidad: ninguna, sin embargo resiste

tanto á las enfermedades: esto es debido á que ofrece en sus aspectos moral y físico, una selección de dos mil años, selección la más rigurosa y dolorosa, que jamás ha experimentado raza alguna.

Cuanto había en ella demasiado débil, fué eliminado por la muerte ó el bautismo: he aquí el origen de su incomparable fuerza de resistencia.

Finalmente, la arrogancia, natural acaso en el oprimido durante largo tiempo, la necesidad de dominar sobre los demás, de significarse, alardeando de lujo y de joyas de mal gusto, han contribuído también á hacerlos antipáticos á sus cohabitantes que, por un sentimiento lógico en el hombre, han visto con envidia que el vecino vale tanto como ellos.

Sumemos á todo esto el temperamento rencoroso, la monotonía del carácter, el espíritu poco cuidadoso de la forma, escasamente artista en su culto, el aspecto melancólico y reservado del judío, observado ya por Tácito, y tendremos las causas intrínsecas, más frecuentes de las antipatías individuales y nacionales surgidas contra los hijos de Judea.

### CAPITULO III

#### EPIDEMIA ANTISEMITA

Ferri observa justamente (*Nuova Rasse-  
gua*, 1893), que aunque estas causas expli-  
can la antipatía latente durante varios si-  
glos entre el judío y sus conciudadanos, no  
nos dan, sin embargo, los motivos de esas  
explosiones de odio agudo, epidémico, que  
han hecho de este sentimiento culto y es-  
porádico, un sentimiento colectivo violen-  
to; una pasión, un aborrecimiento espontá-  
neo, casi general, que ha impulsado á los

expulsiones arbitrarias, á las matanzas sin pretexto, llegando así á los tristísimos acontecimientos históricos que revolucionaron y ensangrentaron á naciones enteras. Ejemplos de esto son los tremendos asesinatos de 1096, 1146, 1306, 1321, 1541, 1559, 1576, 1614, 1623, 1628 y 1653, perpetrados bajo los fútiles pretextos de un niño cristiano degollado, de un sermón desatendido, excusas que han encontrado eco, aún en nuestros días, en Rusia y Alemania.

Puede hallarse una explicación de tan lamentables sucesos en el estudio de fenómenos, que la experimentación ha evidenciado hoy y que nos enseñan que las epidemias son una exarcebación rápida é intensa de gérmenes que poseemos en estado latente.

Así, según advierte Hericourt, el cólera indio no es más que un tránsito al estado agudo de nuestro cólera. Los microbios específicos parecen idénticos en los dos, acaso un poco diferentes; mas en el cólera asiático, ellos adquieren una difusión enorme, multiplicándose á millones y desarrollando productos tóxicos mucho más virulentos.

Conócese igualmente que los fenómenos de la influencia son, en el estado esporádico, muy ligeros en la gripe común. La escró-

fula epidémica ataca algunas veces todo un caserío, todo un colegio, singularmente en los países donde domina la escrófula; ésta es sólo una forma atenuada de la tisis como la ocupación gástrica lo es de la fiebre tifoidea. Todas estas formas agudas y epidémicas tienen su origen en causas puramente locales (carestías, peregrinaciones á la Meca, temperaturas cálidas), y terminan por desaparecer, precisamente en virtud de su propia difusión después de haber herido ó inoculado más ó menos toda la población. Otro tanto podemos decir que acaece con el antisemitismo.

Mas, ¿qué causa ha reavivado en estos últimos años, la endemia latente? Ferrí advierte con gran precisión, que es necesario atribuir este fenómeno á los amaños que, con fines políticos, han tejido los gobiernos y las diversas sectas políticas. Bismarck, que veía en la oposición á un considerable número de judíos (con Lasker á la cabeza), empleó para reducirlos aquella brutal y poco escrupulosa política, que le consentía solucionar con la espada de Breno, las cuestiones que un estadista tan ilustre como Cavour hubiera resuelto con el delicado arte de la política y con el genio de la elocuencia. El

Canciller del hierro precipitó contra los judíos los instintos populares ocultos, pensando vencer su tenacidad con los mismos procedimientos que usaba para combatir á los católicos, los calabozos y las prisiones. El pueblo alentado en sus inclinaciones más atávicas por un alto político, no desatendió la poderosa ayuda, y el movimiento, una vez comenzado, desencadenóse más violentamente que acaso soñara su imprudente provocador.

Rusia, concitando los rencores de las masas contra los israelitas, creyó igualmente poder sofocar las entonces nacientes simpatías por el nihilismo y alejar al pueblo de las violentas reacciones que habrían de surgir de las horribles hambres causadas por sus gobernantes; á ello contribuyó poderosamente el fanatismo religioso de que parece imbuído el Presidente del Santo-Sínodo, dueño y maestro del corazón del Czar.

«Después de la muerte de Alejandro II, escribe Bernardo-Lázaro, la revolución fué como nunca la hidra y el espantoso dragón contra el cual urgía defender á la Rusia santa. Pensóse en retrotraer las ideas ortodoxas. Todo el mal, decíase, viene del extranjero, del hereje... Atacóse así á los judíos,

como á los católicos, á los luteranos; en una palabra, á todos los que no pertenecían á la raza eslava ó no profesaban la ortodoxia griega. La persecución revistió, sin embargo, mayor actividad contra los judíos, porque no podían fraguarse en presencia de éstos las ilegalidades diplomáticas, que acostumbraban á suscribir los católicos, los luteranos y los alemanes. Europa entera protestó de la matanza de los católicos rusos; nadie osó alzar su voz ante los cadáveres de los judíos asesinados, crímenes velados por la más completa é irritante impunidad.»

Rusia, abusando de los prejuicios y de los enconos religiosos (Ferri), profundamente arraigados por una larga herencia en las masas populares y sobre todo en las campañas, Rusia ha sabido imprimir otro carácter al movimiento de protesta de la gran masa de miserables contra la riqueza exagerada de unos pocos, excitando los instintos de las muchedumbres contra los «asesinos de Cristo» y los «monopolizadores de la riqueza pública».

Aquí como en Alemania (esto es natural en un pueblo menos civilizado), esos odios revistieron una forma tan aguda, tan epi-

démica, que no solamente propagáronse á las campiñas, sino que hasta ganaron el espíritu de sabios imparciales, como Drill, Tarnowski, que me han confesado encontrar muy naturales todas esas medidas que adoptaba el gobierno. Los judíos de Rusia, dicen ellos, siendo diferentes á los de las otras partes del mundo, merecen su suerte. Sin embargo, ya tendremos ocasión de verlo, estos judíos eran útiles, hasta necesarios á su país; constituían, como hoy en Rumanía y antes en la Edad Media, entre nosotros, el primer escalón de la clase burguesa é industrial que faltaba en ese pueblo de empleados y militares, nobles y agricultores.

Los pueblos y los políticos intervinieron á su vez en esta lucha, impelidos por otro móvil, por diverso germen epidémico. El que estudia, no ignora que á cada período, á cada época corresponde en Europa una epidemia política; en el 89 eran los *derechos del hombre*; en 1815 *la legitimidad*; en el 59 *el nacionalismo*; luego en 1880, apenas desencadenado por toda Europa y acaso de rechazo en la América del Norte, ese viento de falso proteccionismo é internacionalismo, que impulsa á los diferentes pueblos á excluirse mutuamente, á encerrarse en sus

propios confines, cada cual busca la fortuna dentro del dominio de los demás, no pensando, tan grande es la ceguedad de los hombres de Estado, que esto termina siempre por la dominación de todos y de cada uno en particular. De aquí, los cordones aduaneros establecidos en todas partes, y los odios renovados de los franceses contra los italianos, de los rusos contra los alemanes, de América contra los chinos y los italianos. Los mismos hijos de Australia, engendros de la civilización modernísima, sueñan con organizar y preparar decretos contra el extranjero, á quien miran como enemigo, y del que tienen, no obstante, grande necesidad para la expansión de su colonización. En resumen, todos retrogradan al antiguo *hostis-hostis* (extranjero-enemigo).

Es por consiguiente natural que por su divergencia de raza con las otras naciones, el judío haya atraído contra sí, bajo un pretexto patriótico y nacional, los sentimientos hostiles, conforme los despiertan en Rusia los alemanes, y los ingleses en las colonias portuguesas y recíprocamente.

Hemos de conceder un importante lugar, entre todas estas influencias que han contribuido á desenvolver el movimiento antise-

mita, al sentimiento religioso de una parte y de otra á la agitación socialista, que viene en su ayuda, tanto por favorecer los instintos populares (á ejemplo de los gobiernos), como por odio contra la riqueza que el sistema mencionado combate.

Explícase de esta suerte que, mientras que el antisemitismo latente y esporádico se observa diseminado en cada país de Europa, el antisemitismo epidémico y político hállase desarrollado principalmente en aquellos países, donde el movimiento de la reforma social y política es más acentuado (*el socialismo* en Alemania, *el nihilismo* en Rusia, *el nacionalismo* en Austria), en tanto que la propaganda antisemita permanece en el estado embrionario y se agita en el vacío, allí donde el socialismo alcanza menor desenvolvimiento, como sucede en Italia y Francia.

Además, se ha notado que los países más ardientes defensores del antisemitismo político, son aquellos en los cuales el sentimiento religioso cristiano tiene todavía una suficiente vitalidad (Ferri).

Observemos ahora que todos estos fenómenos se exacerban, motivando, como las enfermedades, crisis agudas en los pueblos

donde el número de judíos es más considerable (Rusia, Rumanía, Alemania): en ellos, los gérmenes del mal son más numerosos y las ocasiones de contacto más frecuentes; igual que acontece siempre en esta clase de epidemias morales, los alienados, principalmente los matoides, atizan el fuego con mayor pujanza que los jefes políticos.

Todos estos locos y semilocos son los propagandistas más eficaces, porque á la elocuencia extraña, arrebatada, primeros recursos que siempre producen tremenda impresión sobre el pueblo, ellos añaden esa negligencia, ese menosprecio de las costumbres del mundo y de los hábitos más ó menos convencionales, propios de los cerebros equilibrados: de esta suerte impónense á las masas por su exageración en los sistemas. Tenemos un ejemplo de esto en el ingenioso Paasch, autor de un opúsculo, que ha conseguido inusitada resonancia, intitulado: *Una embajada judaico-prusiana en el extranjero*; Paasch fué juzgado loco en Berlín, en estos últimos años.

Ahlvart, Morés, son indudablemente locos ó matoides que, con su enérgica impulsividad, tan grande como absurda, y con su fanatismo, suplen á los hechos y á la lógica;

ésta es precisamente la causa de su poderosa influencia sobre las masas; éstas nunca razonan, dejándose arrastrar por los hombres más apasionados y fanáticos.

Yo he notado por eso en mi obra *El delito político* (1) que un gran número de los más furiosos fanáticos, principalmente de esos que aportan sus crueles instintos de criminales y sus desequilibradas tendencias, al servicio de sus exageraciones políticas de partido, son individuos afectados por verdaderas enfermedades mentales encubiertas: parálisis general, paranoia (Marat es un ejemplo clásico); estos estados encuentran sus factores agravantes en la sífilis, el alcoholismo, el morfinismo, en una palabra, en todos esos virus y venenos que favorecen las degeneraciones cerebroespinales.

Conforme he podido observar, en Italia, por ejemplo, en aquellos países donde se abusa del alcohol, en los romanos, las luchas políticas son más vivas; igual sucede en los pueblos donde reina la malaria, en la Calabria, en Pavía, en los cuales los partidos medios constituyen una excepción.

(1) En breve ofreceremos á nuestros lectores una traducción de esta hermosísima obra.—(N. del E.).

## CAPITULO IV

### FALSOS PREJUICIOS QUE INVOCA EL ANTISEMITISMO.—LA MEZCLA DE RAZAS

Sean los que fueren los orígenes y las causas del fenómeno, siempre que un partido como el antisemitismo se eleva y extiende, cuando en el espíritu de muchas personas goza de bases serias y estables, deber es de todo hombre de Estado preguntarse: ¿Este partido tiene razón de ser? ¿Carece de ventajas? ¿Nos preserva de una fusión peligrosa? ¿Nos libra de una unión depravada con los semitas, viles y cobardes, que mancharían nuestra raza? ¿Nos desembaraza de

ésta es precisamente la causa de su poderosa influencia sobre las masas; éstas nunca razonan, dejándose arrastrar por los hombres más apasionados y fanáticos.

Yo he notado por eso en mi obra *El delito político* (1) que un gran número de los más furiosos fanáticos, principalmente de esos que aportan sus crueles instintos de criminales y sus desequilibradas tendencias, al servicio de sus exageraciones políticas de partido, son individuos afectados por verdaderas enfermedades mentales encubiertas: parálisis general, paranoia (Marat es un ejemplo clásico); estos estados encuentran sus factores agravantes en la sífilis, el alcoholismo, el morfinismo, en una palabra, en todos esos virus y venenos que favorecen las degeneraciones cerebroespinales.

Conforme he podido observar, en Italia, por ejemplo, en aquellos países donde se abusa del alcohol, en los romanos, las luchas políticas son más vivas; igual sucede en los pueblos donde reina la malaria, en la Calabria, en Pavía, en los cuales los partidos medios constituyen una excepción.

(1) En breve ofreceremos á nuestros lectores una traducción de esta hermosísima obra.—(N. del E.).

## CAPITULO IV

### FALSOS PREJUICIOS QUE INVOCA EL ANTISEMITISMO.—LA MEZCLA DE RAZAS

Sean los que fueren los orígenes y las causas del fenómeno, siempre que un partido como el antisemitismo se eleva y extiende, cuando en el espíritu de muchas personas goza de bases serias y estables, deber es de todo hombre de Estado preguntarse: ¿Este partido tiene razón de ser? ¿Carece de ventajas? ¿Nos preserva de una fusión peligrosa? ¿Nos libra de una unión depravada con los semitas, viles y cobardes, que mancharían nuestra raza? ¿Nos desembaraza de

los parásitos, que se nutren de nuestra substancia sin ninguna compensación?

Oigamos ante todo la opinión de la ciencia moderna, representada por los sabios más autorizados de aquellas naciones, como Rusia y Alemania, donde el antisemitismo ha alcanzado la plenitud de su apogeo.

Prevalece la tesis de que el judío, perteneciendo á la raza semita, destruye la pureza de nuestra raza y ataja su progreso.

«El semita, escribe Picard, no es amigo de la civilización y sí enemigo del progreso. Sabe enriquecerse, pero ignora cómo ir más allá. Se agita, pero su agitación es estéril. La Arabia ha permanecido inmune de todo contacto extranjero: ¿cuál es, sin embargo, el fruto de su pureza? La inmovilidad. Lo mismo acontece en Marruecos y en España, que va á la zaga de la civilización por haber conservado sus judíos y sus moriscos, cuyos caracteres tiene infiltrados en su sangre. Cualquiera que sea el punto de Europa en que abunda la sangre semita, allí reina la ignorancia y la corrupción» (1).

Esta acusación no resiste á un riguroso

(1) PICARD, *Synthèse de l'antisemitisme*, Bruselas, 1890.

examen científico porque los judíos no son semitas puros. He indicado ya que no existe en Europa, raza alguna superior, que no ofrezca grandes mezclas, y que no tenga, en esta misma impureza, la razón de su superioridad. (Véase *El delito político*, 1.ª parte).

¿Hay naturales más puros que los indios, esos eternos esclavos de todos? ¿No se verifica esto mismo, en un grado más elevado, respecto de los Triganes? Sicilia, Calabria, ¿han perdido en la mezcla semita?

¿Qué habría de quedar de Francia, escribe Leroy-Beaulieu, si se hiciera la prueba de sangre gala, tomando por principio de orden la expresión bretona: «Francia á los celtas?»

«Se ha reconocido en nuestra Europa, por bajo las capas de los pueblos aryo, celta, latino, germano, extratificaciones antiquísimas, al parecer recubiertas por los aluviones indo-europeos. Las razas fósiles, la raza de Cro-Magnou y las de Neanderthal no han desaparecido completamente para los arjos de Asia. El hombre cuaternario tiene aún partidarios entre nosotros. El francés y el alemán, que afirman ser de pura sangre indo-germánica, pueden descender del hombre cavernario. Hoy no existe, en realidad, ese

es nuestro juicio, nadie «de la raza arya» que no tenga también algo de «la raza latina» (*obra citada*).

La acusación lanzada contra los judíos de corromper las razas aryas, carece igualmente de todo fundamento científico, porque ellos son, en la actualidad, más aryaos que semitas. Esto se armoniza admirablemente con las magníficas investigaciones comunicadas recientemente por Luschan al XXIX Congreso de la Sociedad de Antropología de Alemania (1). Luschan ha demostrado cómo los pueblos que se dicen semitas, hállanse muy lejos de tener verdaderamente sangre arya, supuesto que ellos existen entre los fenicios y babilonios, como entre los asirios, abisinios y arameos. Ahora bien, entre estos pretendidos semitas, solamente los beduinos y los árabes del Sur, constituyen una raza semítica pura, la única que ha conservado de los antiguos semitas, el lenguaje, la dolicocefalia, la tez bronceada, la nariz corta y pequeña (por consiguiente, los caracteres opuestos á los del judío).

Este autor ha realizado también entre los judíos 60.000 observaciones y medidas, ha-

(1) *Situation anthropologique du juif*, Berlin, 1899.

biendo obtenido resultados muy diversos. Ha comprobado de esta suerte, que un 50 por 100 eran francamente bracicéfalos, el 11 por 100 rubios, presentando en considerable proporción la nariz hebraica pura, luego una muy grande variedad de tipos mixtos, en lo que se refiere á la medida de la cabeza y al color de los ojos y de los cabellos; un 50 por 100 eran, por último, netamente dolicocefalos. De todos estos datos podemos concluir que no existe más que una muy débil proporción de verdaderos semitas entre los hebreos, en tanto que la gran masa pertenece á todas las otras razas.

De 120.000 observaciones realizadas en Inglaterra por Jacobs, resulta que los judíos presentan un 21 por 100 de ojos azulados y un 29 por 100 de cabellos rubios. Los rojos son tres veces más numerosos que entre los rusos y los austriacos y dos más que entre los alemanes.

Yo he logrado un resultado semejante en las observaciones practicadas sobre algunos centenares de judíos venecianos y piamonteses. (Apéndice I.)

Mas, pregúntase Luschan, ¿de dónde proviene la bracicefalia de los sirios y de los hebreos?, ¿cuál es el origen de las narices

arqueadas?, ¿qué la causa de los numerosos rubios?

Empezando por estos últimos, podemos pensar, respecto de los sirios, en los cruzados, y con relación á los judíos rubios de Europa, en la infiltración de elementos arjos, debida al continuo pasaje de hombres rubios al judaismo. Sin embargo, aunque las conversiones de cristianos al judaismo, tan terminantemente prohibidas en la Edad Media, no fueran lo suficientemente raras, que tenemos derecho á creer, no bastarían á explicarnos el 50 por 100 de bracicéfalos y el 29 por 100 de rubios, entre los judíos europeos. Pudiera acaso alegarse como una razón, la existencia, en Siria y Palestina, de cierto número de judíos rubios; es necesario soñar con los amoritas, de que con tanta frecuencia nos habla la Biblia, y remontarnos hasta los hijos de Enok que formaban precisamente un pueblo rubio, como se advierte de un modo indiscutible en los retratos, que nos han dejado los antiguos egipcios.

No puede tampoco dudarse, que los primeros amoritas eran una colección de aquellos pueblos rubios, cuyos monumentos megalíticos se ven todavía hoy en la costa sep-

tentrional de Africa; eran indudablemente los europeos que, seducidos por los climas cálidos, decidieron establecerse en la mencionada costa africana. He aquí la causa de las múltiples invasiones germánicas, que inundaron tiempos después á Italia. Esos pueblos rubios del Mediterráneo (identificados por Brusch con los descendientes del Jafet bíblico; con los Tamehn de las inscripciones y monumentos egipcios), y que no han dejado tras de sí rastros históricos más que á partir de la segunda mitad de la segunda miliada de años antes de Jesucristo, no eran aún los cimentadores de la civilización, cuyos gérmenes hicieron surgir después bajo el hermoso sol de Grecia. Los egipcios nos los han pintado como blancos, que vivían en un estado salvaje, vestidos de pieles, adornados con plumas, siendo entonces menospreciados, como lo son en la actualidad los salvajes negros. Aquellos Tamehn eran gentes de nuestra sangre, y los mismos egipcios no ignoraban su origen, supuesto que el nombre de *Tamehn* significa *pueblos de los países del Norte*. Esto explica todo, menos la existencia de los judíos rubios.

Mas ¿cómo explicarse la frecuente y en

algunas ocasiones extremada bracicefalia de los judíos, aun de los europeos, que tiene un índice cefálico de 88? (Apéndice I.) Los resultados de las experimentaciones realizadas por Luschan en el Asia menor, demuestran que los griegos, los turcos y los armenios son los tres tipos predominantes.

Los armenios presentan una bracicefalia extraordinaria (es el pueblo más bracicéfalo de la tierra). Casi todos tienen los ojos negros, también son negros y alisados sus cabellos: su nariz es gruesa y arqueada, precisamente la que hemos dado en designar entre nosotros como hebrea, y que deberíamos en lo sucesivo, denominar mejor, armenia.

Obsérvase igualmente estos caracteres entre los griegos y los turcos del Asia Menor, de religión y lenguaje bien diferentes: esto demuestra que ellos son los restos de una población homogénea primitiva, un pueblo *armenoide* que corresponde á ese pueblo *anaryo*, pre-griego, á cuya existencia más ó menos cierta debemos asentir después de las investigaciones lingüísticas de Hommel y Paoli.

Las observaciones y mediciones practicadas en Siria nos enseñan que también allí,

junto á rubios y al lado de numerosos tipos indudablemente semíticos, existe una considerable mayoría de tipos morenos de elevada estatura, ultra-bracicéfalos, uniformemente repartidos así en las ciudades como en las campiñas, en la montaña y en el llano, entre los druidas y los maronitas, los mahometanos y los sirios ortodoxos. Evidentes son sus relaciones de identidad con los pequeños bracicéfalos del Asia Menor, y por consiguiente con los *Alarudes* de Hommel; ellos hállanse históricamente unidos al gran pueblo civilizado de los hittitas.

Florecieron estos en Siria y en el Asia Menor, por el año dos mil antes de J. C.; nosotros hemos tenido conocimiento de ellos mucho tiempo después, por los documentos egipcios, los anales asirios y la Biblia.

Atribúyeseles un gran número de esculturas originales, descubiertas entre Esmirna y el Eufrates superior en el Tauro y el Amanó; además, la historia de este pueblo ha comenzado en estos últimos años, á ser más conocida por las excavaciones emprendidas en los alrededores de Sendscorli. Adviértese en estas esculturas, que los hombres presentan todos los caracteres de las razas armenias.

nias, pareciendo los productos de razas pre-semíticas.

Esto confirma la idea de que los braciéfalos judíos derivan de los hittitas, que siendo verdaderos arayos, estaban perfectamente civilizados; estos pueblos poseían, aún en los tiempos más remotos, con mucha anterioridad á la época de Homero, cantos épicos: tenían un sistema completo de escritura cuneiforme y erigían suntuosos palacios adornados con artísticas esculturas, admiradas todavía en nuestros tiempos; digno de notarse es, que esto acontecía en una época en que los itálotos habitaban aún en las cavernas y los subterráneos, comenzando únicamente á tallar con silex, groseros instrumentos.

Predomina por consiguiente, en cierto modo, la raza araya entre los judíos antiguos; esto sin tener en cuenta las numerosas mezclas que se han efectuado después.

En efecto, Josefo refiere que un número considerable de griegos formaba parte de la comunión judaica de Alejandría (1). No

(1) Tácito sostiene lo mismo.

(2) MAIMONIDES; *Yad Hazaka* (la Mano poderosa), primera parte, cap. I, art. 4.º

pocos israelitas de Cyrene, Antioquía y Palmira, los tres grandes centros judaicos orientales, traían su origen de sangre griega ó greco-egipcia.

Los hebreos helenizados se mezclaban aún con los helenos hebreizados, y lo que es mucho menos conocido, un fenómeno semejante ocurría en Roma misma. Juvenal, en su famosísimo pasaje de la sátira XIV, establece una distinción entre los prosélitos y los convertidos completamente al judaísmo; el clásico nos dice que los padres contentábanse con guardar el sábado y abstenerse de comer carne de puerco, y que los hijos, exagerando el celo paternal, han llegado finalmente á la circuncisión (*mos et proepulium pareunt*).

«Los israelitas confundiéndose, dice Maimonides (2), durante la cautividad de Babilonia, con toda clase de razas extranjeras, procrearon hijos que, gracias á esas alianzas, formaron una especie de nueva confusión de lenguas»: sin embargo, esta Babilonia, en la que había ciudades como Mahuza, poblada casi en su totalidad por persas convertidos al judaísmo, era considerada como la población donde existían los judíos de raza más pura que la de los judíos de Pales-

tina. «Por la pureza de la raza, decía un antiguo proverbio, la diferencia entre los judíos de las provincias romanas y los de Judea es tan sensible, como la discrepancia entre una pasta de mediana calidad y una de barina de flor; la Judea es como una pasta mediocre, con relación á Babilonia» (Bernardo-Lázaro).

Los judíos emigrados de Babilonia convirtieron, en el año 620, todo el pueblo de los khazars; en el siglo XII, judaizaron igualmente muchos pueblos tártaros del Cáucaso.

La prohibición tan frecuentemente lanzada durante el siglo V, de contraer matrimonio con mujeres extranjeras, nos demuestra cuánto se repetían semejantes enlaces.

El libro de Ruth (la Moabita) es una prueba de esto; ciertos historiadores y exégetas han afirmado que este idilio patriarcal no es más que una defensa contra los rigoristas, en pro de las mujeres extranjeras.

En resumen, el antagonismo étnico desvanécese á la luz de la craniología, que nos demuestra que el judío es más aryo que semita. Sobre esta amplia base arya se han combinado para constituir la raza hebrea,

la mezcla étnica, ventajosísima para la humanidad, según hemos de ver después, y la variación climática, todavía de más útiles rendimientos. Esto explica igualmente cómo á pesar de las numerosas causas de inferioridad, y gracias á especiales circunstancias (comprendida la riqueza de la sangre semita, cierta por lo menos en una vigésima parte), los judíos se adaptaron tan pronto á las costumbres aryas, y asimilado con tanta rapidez su inteligencia, que, en determinados casos, han sobrepujado. Esto explica por último, cómo conservando en todo un carácter particular, resultante inevitable de matrimonios consanguíneos y de una vida homogénea y constantemente retraída, ellos se adaptaron tan prontamente á las poblaciones aryas, en medio de las cuales vivían. (Véase el cap. V).

## CAPÍTULO V

### CARACTERES COMUNES CON LOS PUEBLOS EUROPEOS

Explicase después de las precedentes manifestaciones, que el tipo rubio, por ejemplo, sea tan raro entre los judíos meridionales como frecuente (hasta un 20 por 100) en los países del Norte. En Inglaterra, el judío presenta justamente los cabellos alisados, muy finos, rubios, la frente elevada, los ojos azules, caracteres todos propios del británico puro. Explicase así también la presencia, en el Piamonte, de judíos de cráneo redondo y cabellos rubios, y en Venecia, por el contra-

rio, de cráneo cuadrado y oblongo y cabellos negros (1). Los judíos del oasis de Varragh, á los 32° latitud del Sur, tienen la piel de los negros y el perfil de los blancos; en Abisinia, presentan la nariz chata, los labios gruesos, el prognatismo y hasta la cabellera lanuda de los negros con una piel clareada casi semejante á la nuestra (2). No puede dudarse que esto se debe á que ellos experimentan la acción climática y étnica de cada región.

Casi todas las estadísticas de Europa proclaman unánimemente que los judíos ofrecen un número más considerable de varones y una mortalidad inferior á la observada entre los cristianos del mismo país, por ejemplo, en Alemania, Francia y Hungría (3).

Un estudio muy detenido, que hube de realizar hace algún tiempo acerca de los judíos de Verona, me ha demostrado que esta diferencia era muy reducida, y originada

(1) Véase Apéndice I.

(2) BOCCA, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1869.

(3) En Prusia se cuentan 113 hombres por cada 100 mujeres, en Livonia 120 (BORBOYE, *Edinb. forn. of science* 1825). En Prusia ocurre un fallecimiento cada 34 cristianos, uno cada 40 judíos, etc.

principalmente porque los estadísticos debieron buscar un pueblo industrial, antes de compararlos con una parte bien acomodada de la población católica. Proviene igualmente esto, de que los estadísticos no han tenido en cuenta la eliminación de los judíos ilegítimos perdidos entre las huestes del catolicismo, ni el aumento aparente de la mortalidad, comparada con toda exactitud con la población católica, en los *Brefotrophes* (asilos) y en los hospitales.

Esta misma razón y el aparentemente reducido número de niños judíos ilegítimos justifican igualmente la excedencia de judíos varones en Prusia y Francia (120 por 100).

«Se ha notado, que las diferencias «biológicas» entre judíos y cristianos disminuyen á medida que se avanza de Este á Oeste, desde los países donde los judíos viven aislados, hasta aquellas comarcas en que se mezclan á otros habitantes. En América, los redactores del *Census Bulletin* hacen observar la notable prolongación de la estancia de los judíos en aquel país, y que la tasa media de las defunciones y nacimientos tiende, entre ellos, á aproximarse al medio general de los Estados Unidos. En otros términos, desde

todas las costas del Atlántico llegan á nosotros los testimonios de que las particularidades que distinguen al judío se van atenuando con la asimilación de ellos á la población en que viven. Además, adoptando las costumbres y los usos de los *goïm*, distinguense menos corporal y moralmente. Si se bautizasen no descubriría entonces el estádístico nada singular entre ellos al cabo de dos ó tres generaciones.» (Leroy-Beaulieu. *Israël chez les nations*, pág. 183).

Los judíos tienen en general la talla más pequeña que sus conciudadanos: mas, según observa Jacobs, esto se refiere á la permanencia en las ciudades: nosotros añadiremos que también en las callejuelas angostas y sucias. La manera de habitar, una vida más cómoda y tranquila y la escasa afición al alcoholismo explican asimismo la reducida mortalidad en los párvulos de tres á cinco años, razonando al propio tiempo porque hay menos suicidios y enfermedades contagiosas y hasta cierto punto, porque entre ellos los delitos son tan escasos (1).

«En todos los estados, escribe Leroy Beaulieu, los hijos de Jacob han quebrantado la

1) Véase el *Apéndice II*.

acción de los gentiles, adoptando el lenguaje, los usos, las costumbres de sus vecinos cristianos, si bien conservan frecuentemente todavía, tras de tantos siglos de destierro, la marca de los países habitados por sus padres. Nótase esto, lo mismo en los israelitas del Norte que en los del Mediodía, en los judíos alemanes que en los portugueses. ¿Cuáles es, en efecto, el origen de la distinción de los Askenazim y Sephardim, esa especie de cisma histórico, que ha dividido á Israel en dos fracciones desiguales? Esa es una distinción puramente nacional, absolutamente geográfica: es más arya que semítica; su único origen lo encontramos en el estigma impreso por las naciones sobre los descendientes de Abraham. Judíos alemanes y judíos españoles, Askenazim y Sephardim, igual eran los hijos del país donde hubo de arrojarles la dispersión que, cuando después de una separación de un millar de años, se volvían á encontrar bajo las etapas de un nuevo éxodo: hermanos separados, embargábales la pena al reconocerse.» (Leroy, *obra citada*, pág. 353).

Esta división corresponde á las diferencias étnicas: según Neubauer, «los judíos alemanes (Askénazim) tienen la boca grande,

la nariz gruesa, los cabellos encrespados; en los *españoles* (Séphardim) el cuerpo es airoso, la nariz delgada y larga, los ojos grandes y bellos». El autor acaso exagera, empero la diferencia de tipos de cada país es ciertamente demasiado pronunciada.

«Casi todos los genios judíos de Alemania, Heine y Börne como Lasalle y Carlos Marx, los dos semi-dioses del socialismo, han sentido la educación alemana, el espíritu alemán, el *substratum* germánico». (Leroy Beaulieu).

«Si quedaba en sus venas un *virus* secreto, no era éste absolutamente hebreo ni francés (id.)»

«En el Este como en el Oeste, los judíos que hicieron de la pluma un arma de guerra, han padecido la influencia de los partidos de su país, sometiéndose además al servicio del espíritu dominante de su tiempo (id.)»

Su afición casi nula á las artes plásticas es en ellos como en todos los semitas, inveterada; de tal suerte, que la vemos grabada en las severas leyes iconoclasticas de la Biblia.

No pueden desconocerse, sin embargo, los esfuerzos de ciertos judíos por concluir con estas vetustas tendencias: se ha comenzado

á ver entre ellos, algunos pintores, escultores, y lo que es más singular, incrédulos y hasta pródigos.

Cabe afirmar en general, que las aptitudes de los judíos son siempre paralelas á las que prevalecían en los países habitados antes por ellos; calculadores en Alemania, supersticiosos en Polonia, charlatanes en Venecia, ceremoniosos y poco comunicativos en el Piamonte. Acosta y Spinoza, los dos judíos que con mayor tesón han combatido los prejuicios y las creencias israelitas, nacieron precisamente en Holanda, nación que da igualmente vida en el mundo cristiano, á los más tenaces adversarios de la ortodoxia católica.

«En suma, prosigue Leroy, el judío está frecuentemente más próximo á nosotros que el fiero magiar y que el desdeñoso moscovita».

Novicov ha consignado (*La lutte des Races*) que esta tendencia á la asimilación se observa ya hasta en Rusia.

«La intolerancia contra los judíos ha sido uno de los mayores obstáculos para su fusión. En determinados países, como Rusia, donde los israelitas habían comenzado á asimilarse, manifestaban sentimientos pa-

trióticos, abandonando la sinagoga y tornándose indiferentes en materias de religión.

»Mas después, la intolerancia, privándoles de sus derechos civiles y políticos, y las continuas vejaciones les hicieron volver á sus comunidades. Perseguidos nuevamente, regresaron á la sinagoga, lugar para ellos de refugio, limitando sus enlaces matrimoniales á sí propios: escaso número de judíos convirtiéndose entonces al cristianismo; hoy todos los que se respetan, viven alejados de las doctrinas de Cristo.

»¡Cuántas veces hemos oído decir: se persigue á los judíos porque son refractarios á toda asimilación; un judío jamás será ruso ni alemán! Nadie se detiene á investigar por qué un hombre se asimila á su medio ambiente. Todo individuo concluye siempre por adaptarse al medio en que vive, cuando en él ve su progreso. Ahora bien, el judío, como todo hombre, prefiere la riqueza á la miseria, el honor al oprobio, la gloria al obscurecimiento. La pretensión de que los judíos no pueden asimilarse es puramente una elucubración abstracta.

Todas estas diferencias tienen muy fácil explicación.

Obligad á detenerse durante siglos ente-

ros, observan Jacobs y Mantegazza, á dos familias europeas en una ciudad, casi en una prisión, sujetas á iguales hábitos, y veréis cuán hondamente se diferencian de sus otros conciudadanos, cómo adoptan sistemas semejantes, que llegarán á hacer suyos propios, conforme acontece con los nobles, los sacerdotes y los militares.

La diferencia es en los judíos tanto más acentuada, cuanto más se prolonga la acción. Estudiemos ahora los caracteres morales.

La historia antigua del pueblo israelita nos ha revelado muchos de sus vicios y cualidades. Así, por ejemplo, la tenacidad elevada hasta la obstinación, un amor vivísimo á su patria, del que han dado heroicas pruebas en todo tiempo; junto á estos bellos caracteres, la avaricia, la avidez del oro, los prejuicios religiosos, la fe exagerada áun en las más extrañas tradiciones, el espíritu de raza, la astucia y la doblez. El judío debe á todos estos dones el lugar que ocupa en el mundo.

El ardoroso nacionalismo que heredaron de sus antepasados, esas singulares inclinaciones conservadoras, cuya existencia acabamos de demostrar suficientemente, nos en-

señan, como una vez arraigados en un país, sin importar que éste fuera enemigo, han conservado los usos, las costumbres más que la nación misma: prueba evidente de su profunda asimilación.

Preguntad, ha dicho un viajero, (*Rev. des deux mondes* 1872) á un judío de Constantinopla, de qué país es natural: os responderá: «soy español;» no obstante, han transcurrido ya cinco ó seis siglos desde que salió de España.

España fué especialmente para ellos una tierra de promisión: adoptaron su lengua, guardando fielmente en sus éxodos el hermoso idioma de su *cruel patria*, en frase de D. Miguel de Barrios, hijo de «Marranos.»

En Holanda, nación que les prestó eficaz apoyo, los correligionarios de Spinoza encontraban gran placer, á fines del pasado siglo, en cultivar su antiguo dialecto castellano, componiendo en verso y prosa.

En Damasco, por ejemplo, los hebreos llevaban antiguamente turbante; después, en el curso de sus emigraciones han seguido llevándolo, en las diferentes regiones del Islam, donde han residenciado; si lo usan de otro color es por voluntad propia.

Todos conocen la larga levita, la cabelle-

ra del judío polonés que nos representamos como la costumbre clásica de los judíos. Nosotros padecemos la mala inclinación de considerarlos superficialmente en su exterior, esto es injusto; necio creer que sólo han conservado el vestido del polonés del Este.

Esta obstinación en perpetuar los usos de su patria adoptiva, nos explica por qué ellos la defendieron tan heroicamente; pensamos que esto debería ser suficiente para disipar las desconfianzas surgidas acerca de este particular.

En Polonia, pueblo que los desprecia y degrada profundamente, numerosos judíos pelearon con heroico valor contra los opresores de la patria común.

En Italia ocho judíos tomaron parte en la expedición de los mil; no representaban sin embargo más que á una milésima de población. La historia, en fin, nos ha transmitido el recuerdo de su defensa de Nápoles, bajo Belisario, y de los Pirineos contra los francos.

## CAPÍTULO VI

### RAZAS MIXTAS

Las objeciones de los antisemitas fundamentadas en la antropología son igualmente erróneas, porque si la raza europea hubiera podido conservarse pura, jamás sintiera semejante prejuicio.

Bismarck, aquel político que tan hábilmente usaba de la doblez en su sistema de gobierno, decía en cierta ocasión, en su lenguaje semi-soldadesco, que para formar una buena raza alemana era necesario «ayuntar el caballo semental germánico con la yegua semita».

Yo he demostrado en mi obra *El delito político*, pág. 107, que el cruzamiento de

dos razas produce siempre los resultados más favorables.

Este fenómeno concuerda con la ley descubierta por Darwin en el mundo vegetal: *la fertilización aun en las plantas hermafroditas debe operarse por cruzamiento*, y con la fórmula de Romales, según la cual, *el punto de partida de toda evolución existe en la variación espontánea*.

La antigüedad nos brinda un ejemplo de esto en los jonios, que, siendo un pueblo límite de los dorios, fueron revolucionarios y produjeron los más excelsos genios de Grecia, porque mezcláronse en buena hora con los lydios y los persas en sus colonias del Asia Menor, experimentando así un doble cambio de raza y de clima.

El primero, acaso el mayor descubrimiento del hombre, el alfabeto, fué debido al cruzamiento semito-egipcio, á los Hiksos ó sacerdotes semitas, que impulsados por la necesidad de transcribir las palabras semitas en egipcio, acogiéronse al fonetismo, es decir, á seleccionar los signos jeroglíficos, dejando exclusivamente el carácter principal, el sonido. (ROUGET, «*Origines égyptiennes de l'alphabet phénicien*», 1859, *Académie des inscriptions*).

Corriendo los tiempos, los mismos semitas, judíos y fenicios, pueblos mercaderes en continuo contacto con Egipto, obligados á tomar sus notas y consignar sus tráficos, no solamente modificaron los caracteres egipcios, sino que los abreviaron hasta el extremo de hacer una especie de estenografía, que se ha denominado escritura demótica ó popular, en oposición á las anteriormente mencionadas escrituras cursiva, hierática ó sacerdotal.

«Alguna vez, dice Saffrey (1), esculpiase sobre un monumento la misma inscripción en los tres géneros de escritura; añadiase también la traducción en griego: á esto debemos nosotros haber encontrado la clave y leer corrientemente esos extraños caracteres».

Los fenicios y los judíos, grandes mercaderes y navegantes, hombres prácticos, tenían por norma de su conducta este proverbio: «El tiempo es dinero». La escritura egipcia parecióles muy pesada para los negocios: acordaron, pues, la necesidad de crearse un sistema más expedito. Adoptando por base la escritura hierática, suprimie-

(1) SAFFREY, *Histoire de l'homme*, Paris, 1881.

ron todos los signos que representaban una idea ó una sílaba completa, conservando solamente aquéllos que expresaban un sonido, una simple emisión de la voz, en una palabra, una *letra*, y como en su lengua no había más que veintidós sonidos, su selección limitóse á otros tantos signos, cuyas formas hubieron de simplificar aún más para escribirlos con mayor rapidez; esta revolución en la escritura creó el *alfabeto*. Las vocales no figuraban porque en su lengua se pronunciaban rara vez, siendo muy fácil suplirlas en la lectura.

Los pueblos semitas de los extremos de Palestina y Judea extendieron rápidamente sus relaciones comerciales por todo el mundo conocido, enseñando por doquier á los pueblos el inmenso beneficio de la escritura, cuyo valor habían aumentado considerablemente: ilustraron en ella de modo singular á los indus en el Asia, y en Europa á los griegos, vecinos del Asia, los primeros que participaron de la civilización.

Los griegos aceptaron íntegro el alfabeto fenicio, añadiéndole únicamente algunas letras para representar los sonidos especiales de su lengua. Conservaron igualmente el nombre de las letras. Los semitas nomina-

ban á la primera *aleph*, «cabeza de buey», porque en el principio, para expresar el sonido A se trazó una cabeza de buey con sus dos cuernos; la segunda se denominaba *beth*, «casa», porque antes de su simplificación figuraba el perfil de una casa con su techumbre. Estos nombres *aleph*, *beth*, pronunciados por los griegos *alpha*, *bêta*, carecían en su lengua de significación alguna, mas la rutina ha consagrado la costumbre de tal suerte que, en vez de decir estudiar «las letras» ó el «A B C», dicese «estudiar el *alpha bêta*», de cuya fórmula hemos formado igualmente por rutina la palabra *alfabeto* (Saffrey, l. c.).

Representando las vocales un importantísimo papel en el lenguaje de los griegos, no las suprimieron éstos en la escritura, conforme lo habían hecho los fenicios y los judíos. Estos escribían de derecha á izquierda, valiéndose de una caña afilada en punta, casi de igual forma que nuestras plumas; sucedía con mucha frecuencia que al volver hacia la izquierda, la mano borraba los caracteres todavía frescos de la línea precedente. Los griegos imaginaron, para obviar tamaño inconveniente, un medio bien sencillo: escribir de izquierda á derecha. Mas, por

un efecto inconsciente y puramente mecánico, cambiando la dirección de las líneas, viéronse precisados á mudar igualmente la forma de casi todas las letras. Cuando escribían de izquierda á derecha, los tres trazos de la E, por ejemplo, dirigíanse hacia la izquierda (E); una vez cambiada la dirección, los volvieron hacia la derecha (E), imprimiendo así al alfabeto la nueva fisonomía que todos conocemos (*id.*).

He aquí, pues, cómo el cruzamiento semito-griego es el origen de la europeización del alfabeto.

Los dorios, inmunes á toda mezcla, conservaron un carácter rudo, entero, belicoso y tenaz en sus costumbres. (*Revue d'anthropologie*, París, 1888).

Los japoneses, inferiores por su origen á los chinos, de cuyo genio comercial y financiero y voraz actividad carecen, revélanse en nuestros días muchos más aptos para toda evolución y revolución, por haber copiado á los europeos las costumbres, los instrumentos de trabajo, los medios de locomoción, las universidades y hasta la forma de gobierno (1).

(1) LANESSAN.—*L'évolution des peuples de l'Extrême-Orient*, 1888.

Este gran cambio refiérese sin duda alguna á la mezcla con las razas extranjeras, en tanto que los chinos, áun perteneciendo á una raza amarilla superior, están absolutamente puros de todo cruzamiento.

Entre los poloneses, la ingertación germánica, mucho más acentuada por tener efecto en una nación que comienza á vivir, explica el rápido progreso intelectual, que tan amplias proporciones alcanza en este pueblo, contrastando con las otras poblaciones eslavas, sumidas todavía en la ignorancia, y áun con aquellas alemanas que sembraron allí los primeros gérmenes de la civilización, de la que dan apenas testimonios (1).

Todas las ciudades de Polonia surgieron en efecto de la emigración tudésca, que fundó numerosas colonias en los territorios des poblados é incultos, dándolas estatutos municipales, á los cuales eran los poloneses hasta entonces completamente extraños. (HITCHMANN, *Geschichte der Politische Literatur*, 1885).

(1) Parece que el cruzamiento germánico tuvo efecto ya en las épocas prehistóricas. En las sepulturas prehistóricas de Polonia y Prusia, como en Volinia, se han encontrado cráneos dolicocefalos orthognates con caracteres germánicos. (*Dict. d'anthropologie*).

Además, la introducción de elementos semitas y alemanes en Rusia, ha favorecido y acelerado en nuestros tiempos la difusión de las ideas socialistas y positivistas.

Inglaterra, que ocupa el primer lugar en el orden de la evolución entre las naciones europeas, y que ha sido la cuna de los genios más ilustres de nuestra época, debe su origen á una mezcla de celtas, germanos y latinos; Irlanda, que surgió por el contrario de una aligación menos complicada, ha producido muchos rebeldes, pero ningún genio.

El Franco-Condado, en Francia, ha dado, gracias á la mezcla de sangre germánica, un considerable número de innovadores y genios, como lo verifican hoy Istria y Trieste, por el cruzamiento de sangre italiana, eslava y alemana.

Al contrario, en algunos casos, en que el estudio de las mediciones cranianas nos ha permitido comprobar la uniformidad casi completa de los tipos, como en Abisinia y Cerdeña, donde todos los cráneos son semejantes, bien por no presentarse nunca variedad alguna de forma ó porque todas estén fundadas en un mismo tipo étnico, hemos observado que los pueblos de este país pre-

sentan una inteligencia inferior á la de las naciones cruzadas.

Los sardos son por estas razones infinitamente inferiores á los sicilianos: no han producido ni producirán jamás un solo hombre de genio.

Cuando Picard sostiene que España sufre hoy grande atraso por no hallarse suficientemente purgada de semitas, parece haber olvidado las sangrientas hecatombes que ella ha sostenido con este fin. Yo me pregunto qué más podría hacer una nación que los ha destruído y aprisionado á millares.

¿No cabe volver este ejemplo contra la tesis que él sustenta, supuesto que España se ve, á fuerza de persecuciones y asesinatos, mucho más purificada de ellos, que las restantes razas de Europa, siendo al propio tiempo más estéril?

Además, podemos afirmar que Sicilia, tan mezclada de sangre normanda, griega, y sobre todo semita, cuyos caracteres conserva en conjunto en su dialecto, en su arquitectura, en sus costumbres, etc., es entre todas las regiones de Italia, contradictoriamente á lo que piensa Picard, la que ofrece mayores aptitudes para el progreso. Todas las ideas modernas, socialismo (Antropolo-

gía criminal), etc., han arraigado rápidamente en ella, en tanto que el resto de Italia apenas posee una ligerísima noción de esas modernas corrientes que, ó no comprende, ó juzga ridículas; nadie se atreverá á dudar que los genios sicilianos han abundado y abundan todavía en nuestros tiempos (Sergi, Crispi, La Farina, Pitri, Amari, Puglia, Paternó, Camizzaro, Verga, Capuana), en las letras, las ciencias y la política.

## CAPÍTULO VII

### GENIOS É INNOVADORES JUDÍOS

¿La raza judía ha sido útil al progreso? Picard, hemos visto, la acusa de esterilidad, porque según él, por donde quiera que ha pasado el semita, dió muestras de no ser apto para la civilización.

«Se agita, pero su agitación es estéril; sabe enriquecerse, pero ignora cómo ir más allá. Así la Arabia y Marruecos, cuya raza es semita, permanecen estacionadas en el curso de la civilización» (1).

«Los pueblos denominados semitas, escribe Renán, carecen de esa solidez de espíri-

(1) PICARD. *Synthès de l'Antisemitisme*, 1851.

gía criminal), etc., han arraigado rápidamente en ella, en tanto que el resto de Italia apenas posee una ligerísima noción de esas modernas corrientes que, ó no comprende, ó juzga ridículas; nadie se atreverá á dudar que los genios sicilianos han abundado y abundan todavía en nuestros tiempos (Sergi, Crispi, La Farina, Pitri, Amari, Puglia, Paternó, Camizzaro, Verga, Capuana), en las letras, las ciencias y la política.

## CAPÍTULO VII

### GENIOS É INNOVADORES JUDÍOS

¿La raza judía ha sido útil al progreso? Picard, hemos visto, la acusa de esterilidad, porque según él, por donde quiera que ha pasado el semita, dió muestras de no ser apto para la civilización.

«Se agita, pero su agitación es estéril; sabe enriquecerse, pero ignora cómo ir más allá. Así la Arabia y Marruecos, cuya raza es semita, permanecen estacionadas en el curso de la civilización» (1).

«Los pueblos denominados semitas, escribe Renán, carecen de esa solidez de espíri-

(1) PICARD. *Synthès de l'Antisemitisme*, 1851.

tu, de esa variedad en las concepciones que constituyen los caracteres de la perfectibilidad». «Esto puede decirse con justicia de los árabes, replica Leroy-Beaulieu, en despacho de las escuelas de Bagdad y Córdoba; también respecto de los antiguos hebreos: mas, ¿cómo afirmarlo de los judíos modernos elevados y engrandecidos á nuestro contacto? Si existe una diferencia entre el Europeo y el Asiático, entre los Occidentales y el Oriental (diferencia por lo demás de fecha relativamente reciente)», y que me parece no afecta á la raza, es ciertamente la idea del progreso, esa noción moderna de la perfectibilidad, puesta junto á nosotros como una fe ciega en la que creen supersticiosamente sabios é ignorantes» (1).

Los judíos han ocupado muchas veces la cabeza del movimiento moderno de las naciones europeas, habiendo producido igualmente un número de genios relativamente superiores (lo que indica ya, según he demostrado en mi obra *El delito político*, en cierto modo, una tendencia al revolucionarismo).

Así, Abrabanel y Disraeli sobresalieron en

(1) RENAN. «Mélanges d'histoire et de voyages».

la política, Spinoza en la dialéctica, Heine en la literatura, Yung, Weil, etc., en el periodismo, Meyerbeer, Halévy en la música; Schiff, Valentín, Kohnheim, Traube, Frankel son de origen judío.

En suma, relativamente á sus conciudadanos no semitas, los judíos han suministrado una proporción por lo menos igual, sino mayor, de talentos productores, y lo que es más digno de mencionarse, han brillado en aquellas ciencias, á las cuales mostrábase, en otros tiempos, refractarios; por ejemplo, en las ciencias exactas y matemáticas se han distinguido, en nuestros mismos días, Segre, Sylvestre, Goldschmidt, Beer, Marcus, Besso, Loria, Castelnuovo, Volterre, et cetera.

Jacobs ha tenido la singularísima idea de reducir á cifras y fórmulas lo que él llama: *The comparative ability*, de los judíos con relación á los ingleses y escoceses (1). Jacobs ha calculado que el número de los judíos ilustrados, desde el siglo último hasta nuestros días, es superior á la cantidad media suministrada por los cristianos del mismo país;

(1) J. JACOBS, *Distribution comparée des capacités des Juifs* (Ability), *Journal of Anthropology, Institute of Great Britain and Juland*.

á este efecto ha investigado sobre el coeficiente de genialidad de los judíos de Europa occidental comparándole con el de los ingleses y escoceses, y áun de los europeos en general, según el método empleado por Galton en su libro *Hereditary genius*.

Sobre la cantidad conocida de un millón de hombres, llegados á la edad de cincuenta años, él escogió aquellos que se hicieron notar desde 1785, estableciendo diversas categorías. En la primera encontró cuatro judíos célebres; en la segunda diez y siete; millón y medio suministróle veintinueve de la primera y segunda clase reunidos; los ingleses no judíos dieron por el contrario, para una cifra semejante, solamente un coeficiente de veintidós ó veintitres.

Continuando sus investigaciones, consigna por medio de cifras y caracteres gráficos, que los judíos dan, en igual número, una proporción más considerable de hombres eminentes y escasas inteligencias mediocres: estas abundan opuestamente entre los ingleses y escoceses.

El encontró 256.000 inteligencias medianas en 1.000.000 de ingleses: 239.000 en igual cantidad de escoceses: 222.000 en otro millón de judíos.

Además, entre 100 hombres observados al azar, encontró setenta y dos judíos de inteligencia reducida, cincuenta y cuatro escoceses y setenta y seis ingleses, concluyendo de estos datos que, bajo el punto de vista de la inferioridad intelectual, el término medio de los judíos es un 2 por 100 inferior al de los escoceses y un 4 por 100 al de los ingleses.

Jacobs establece, en la siguiente tabla, las relaciones entre judíos y europeos, basadas en mil celebridades distribuídas según sus capacidades especiales:

	Europeos.	Judios.		Europeos.	Judios.
Actores.....	21	34	Filósofos.....	2	18
Agricultores..	2	»	Músicos.....	11	71
Anticuarios..	23	26	Naturalistas..	22	25
Arquitectos..	6	6	Marinos.....	12	0
Artistas.....	40	34	Filólogos.....	13	123
Autores.....	316	223	Poetas.....	20	36
Eclesiásticos..	130	105	Economistas..	20	36
Ingenieros...	13	9	Hombres de		
Abogados...	24	40	ciencia....	51	52
Médicos.....	31	39	Escultores...	10	12
Comerciantes	12	43	Soberanos...	21	0
Militares...	56	6	Hombres de		
Cinceladores.	3	0	Estado.....	125	83
Diversos.....	4	3	Exploradores.	25	12

Los datos son pues iguales para los arquitectos, artistas, legisladores, naturalistas, escultores y sabios. Las artes, en las cuales parecen sobresalir los judíos, son la música, el arte dramático, la medicina, las matemáticas, la sociología y la filología. Esta aptitud para el dominio de las lenguas y la erudición en general, débenla al estudio hereditario de los textos antiguos y á las forzosas emigraciones en pueblos cultivadores de diferentes idiomas.

El arte predominante entre ellos es la música: la disposición para las artes plásticas tiénenla atrofiada, á consecuencia de su dogma, que prohíbe terminantemente la idolatría, toda imagen pintada ó esculpida.

«Nadie pondrá en duda la afición de los descendientes de Jacob á las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Esa raza aparentemente absorta en la investigación de lo concreto y de los bienes materiales ha mostrado, después de su dispersión, una predilección extraordinaria por las ciencias abstractas, por la geometría y la astronomía é igualmente por la filosofía. (Leroy, *ob. cit.*)»

Jacobs compara luego los datos suministrados por los alienados y las inteligencias superiores, concluyendo que allí donde estas

últimas predominan es á su vez mayor el número de aquéllos.

Así, los ingleses presentan 3.050 alienados por millón de habitantes; los escoceses 3.400; los israelitas ingleses 3.900.

«Escasas generaciones se han sucedido desde que, á imitación de Francia, fueron derribadas las negras murallas de los *ghettos* y las encerradas puertas de la *Judengasse*; en tan breve tiempo, un gran número de judíos de Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, Italia y aún de la misma Rusia, no contentos con establecerse en las calles de nuestras ciudades, han invadido las aulas de nuestras universidades, los escenarios de nuestros coliseos y hasta las tribunas de nuestros parlamentos políticos. Esta civilización, apenas iniciada, ha colocado al judío, casi de repente, en un lugar muy preeminente entre nosotros.

«El contiende y rivaliza con nosotros, sobre nuestro propio terreno, en el que es extranjero, en las artes y las ciencias más modernas.

«Fenómeno es este sin precedente en la historia; para realizarle ha bastado al judío un espacio de dos ó tres generaciones.

»Los judíos son entre nosotros, en una

minoría exigua—uno ó dos por ciento; á veces, como en Francia é Italia, uno ó dos por mil—; sin embargo, han logrado los primeros puestos, en menos del transcurso de un siglo, en casi todas las carreras, principalmente en aquellas que se cultivan sólo á fuerza de inteligencia y de trabajo.

»Estos éxitos del semita en los órdenes más diversos, son acaso el principal factor del antisemitismo. Aunque sea en reducida proporción, brillan en todos los campos. D'Herschell no cuenta al astrónomo Beer, hermano de Meyerbeer, en el número de judíos consagrados á la astronomía». (Leroy-Beaulieu, *ob. cit.*, pág. 265 y 266).

En lo que se refiere á los hombres de Estado, judíos eran los tres que más se han significado en la pasada centuria: Disraéli, Fernando Lasalle y León Gambetta; fenómeno inusitado en política, los tres han constituido escuela, é hijos de una raza proscrita, fueron idolatrados por las masas arias. En las tres naciones más cultas de Europa se han visto unidos y representados en ciertos momentos por un hijo de Israel, aristócratas, burgueses y obreros.

«Como suprema veneración, el mismo Gambetta inclinábase ante Lasalle, saludán-

dole en vida como al Mesías del socialismo, y glorificándole después de su muerte como al Cristo, como al Redentor de las masas obreras. Disraeli alcanzó aún mayor fortuna que estos—no era extraño, pues, que suscitara tantas envidias—realizando, en una sociedad altamente exclusivista, el sueño dorado de todos sus correligionarios». (Leroy, *ob. cit.*)

«Este gran concurso de hombres ilustres es tanto más maravilloso, cuanto que, en la carrera de la fama y de los honores en que hombres de todas las razas se disputan el premio, el judío, en su condición de judío, tenía todavía ayer una notable inferioridad; en muchos países no se le admitía á la palestra; descalificábale su origen. Allí donde era consentido sobre el *turf* aportaba una nota discordante, algo de que los demás estaban exentos: su religión, su nombre de judío; sin embargo, algunos de los más célebres para medrar y mejor progresar en su carrera, desembarazábanse de tan incómoda y pesada carga». (Leroy, *ob. cit.*, pág. 267).

Verdad es que los judíos suministran frecuentemente más talentos que verdaderos genios; no obstante sus genios son siempre genios prácticos, que nunca tocan los eleva-

dos pináculos de un Wagner, un Dante ó un Darwin.

Este nivel inferior en el genio explicase acaso por el resto de sangre semita, que aporta consigo un elemento de inferioridad, imposibilitándoles de alcanzar, como sus conciudadanos, las grandes excelsitudes de la intelectualidad. Finalmente, si las persecuciones han aguzado sus capacidades, también deberán haber ahogado é impedido las manifestaciones de ciertas inteligencias que se hubieran desenvuelto libremente en las otras razas menos perseguidas.

»Muy rara vez ha tenido el hombre, la planta hombre, que decía Alfieri, una savia más exuberante, ni engendrado ramas más umbrosas en todos sentidos; empero la florecencia fué breve. La inteligencia judía ha sido puesta bajo la pesada campana del «ghetto», ó mejor, semejante á esos árboles que los chinos se entretienen en cultivar en minúsculos tiestos, ha sido encerrada en un espacio angosto, donde la tierra falta á sus raíces. ¿Qué extraño, pues, que presente algún síntoma de raquitismo? Ahora bien, para que se extienda y ramifique en libres brazos, es suficiente trasplantarla á un terreno amplio». (Leroy, *ob. cit.*, pág. 220).

En suma, la falta de inteligencia ó de genio no puede constituir un reproche para el judío.

La mezcla Aryo-Semítica ha sido por consiguiente más útil que nociva: su utilidad hácese sentir todavía hoy en el mundo.

## CAPÍTULO VIII

### EL PROGRESO Y EL JUDÍO

Repróchase á los judíos haber estorbado en su vertiginosa carrera el progreso del aryo. Nada más lejos de justicia que esta inculpación, si se tiene en cuenta que todas las revoluciones han tenido á los judíos por promotores.

Es suficiente recordar á Moisés, Cristo, Heine, Lassalle, Marx.

Ellos nos legaron el mosaismo, perfecto por su época, el cristianismo, lejano precursor de las teorías socialistas, y por último, en nuestros días, el socialismo.

«El judío, dice Bernardo-Lázaro, ha sido el apóstol de la incredulidad: todos los rebeldes son hijos suyos, espúreos ó legítimos».

Ellos frecuentaban con los árabes las Universidades de Salerno, Montpellier, Toledo y Córdoba: (ARTEYRA DE SANTOS—*Memorias de letteratura portuguese*): «Nosotros debemos en gran parte á los judíos las primeras nociones de filosofía, botánica, medicina, astronomía y cosmografía, así como los primeros rudimentos de gramática, filosofía, etc., etc.» «Véanse en testimonio de esto las obras: *Gli Israeliti rapporto alla scienza del medio evo*, por SCHLEIDEN.—BEN-GOT, *Les juifs d'occident*.—FURST, *Juden in Asien*.—GRAETZ, *Geschichte der Juden*.—LEVI, *Il semitismo* (1884).

Los judíos, por consiguiente, no sólo han sacudido la inercia ó estado estacionario en que permanece todavía la mayor parte de su raza, incapaz de rivalizar (excepto bajo el punto de vista lírico y épico) con la raza blanca, sino que á veces se han elevado muy por encima de los arjos, pudiendo en todo caso luchar á la par con ellos.

¿A qué atribuir esta superioridad? Nosotros hemos encontrado anteriormente una

explicación de ella en el repetido cruzamiento de razas y en la ingertación climatérica.

De otra parte, la emigración forzosa ha sujeto esta raza, ya mezclada en sus orígenes (pero que sería inferior por la aportación de sangre semita) (1) á la acción prolongada de climas muy diferentes de su clima de origen, y la persecución continua, secular, actuando, como diría Darwin, de *selector* de la especie, ha fortificado además la inteligencia de todos los que no hizo desaparecer.

(1) «El semita, dice Renan, carece de curiosidad: «Dios es grande» exclama, y atiénese á esta explicación, viendo en todo la acción inflexible del Ser Supremo: su ciencia termina en los proverbios y en la lírica, como la de Grecia en la época de los siete sabios. (*Hist. des langues semitiques*, 1885, París). En cuanto á la inercia y apatía de los semitas, conviene recordar, con Despinae, que los árabes en Africa han dejado derrumbarse ruinosas todas las obras de arte (acueductos, etc.) de los Romanos, que tanto habian contribuído á fertilizar esa parte del planeta. En tiempos de penuria, el árabe se abandona hasta morir de hambre: no hará un solo esfuerzo, no se afanará por buscar nuevas cosechas que suplan á las perdidas. Ellos aman el oro por avaricia, no por prosperar: así ocúltanlo en la tierra.

Napoleón y Monge intentaron sorprender la atención de los árabes, con experimentos de física y mecánica: mas tanto hubo de interesarles el físico que electriza los cadáveres como el areostato que se eleva en los air. s».

DESPINAE, «*Psychologie naturelle*», 1868, París.

Las persecuciones hicieron prevalecer los vicios juzgados necesarios en la lucha por la vida, porque únicamente ellos, la actividad, la astucia, la miseria fingida y por consiguiente la bajeza, podían sustraerles á las tiranías, á que habrían de sentirse impulsados los audaces. Los judíos fueron despojándose poco á poco de sus antiguas virtudes, del valor, de la generosidad, tornados por la lógica de los acontecimientos en cosas más nocivas que útiles.

Esta acción combinada del clima y de las circunstancias es evidente además, porque el judío ha permanecido insensible al progreso en determinadas regiones, singularmente en los países cálidos y en aquellos donde no fué perseguido.

Nunca han sobresalido por esta razón en Abisinia, país que les acogió favorablemente, y en el cual, contrariando á sus inveterados hábitos, hicieron numerosos prosélitos.

Degeneraron muy por el contrario en su nativa y clásica Judea, no obstante haberles colmado de favores, los devotos judíos de toda Europa, que sueñan con hacer de aquella tierra productiva y famosa una segunda Roma.

En Bombay, los judíos que ejercen las pro-

fesiones de albañiles, agricultores, obreros y soldados, pretenden descender de las tribus asirias, desterradas en tiempos de Osio; contraen matrimonio entre sí, guardan el sábado, practican la circuncisión y veneran la Biblia, sin comprenderla.

Reunidos mucho antes del desembarco de los europeos en corporaciones dirigidas por jefes especiales, jamás han podido descollar por encima de las castas inferiores de los hindous.

En Cochinchina, en la costa de Malabar, viven 2.000 israelitas negroides, descendientes de un cruzamiento de judíos y de esclavos negros convertidos al judaísmo. Estos beni-israelitas, término medio entre blancos y negros, hablan el hindou. Observan muchas prácticas hebreas y no pocas indias, son todos guerreros, y se distinguen de los naturales del país solamente por cierta aptitud musical, que les hace ser escogidos para las músicas de regimientos.

En Laghouat, los judíos son muy activos: los hombres trabajan de lapidarios y herreros. Las mujeres hilan lana. Sirvénse en sus respectivos oficios de utensilios primitivos: jamás llegan á enriquecerse, aunque hayan adoptado los usos, las costumbres, los co-

mestiblea, las fórmulas fatalistas de los árabes. Así, por ejemplo, dejáanse morir sin cuidar sus enfermedades, concretándose á beber del agua en que han mojado la creta que les sirve para trazar los versículos bíblicos adaptados á la clase de enfermedad que padecen.

En Damasco, los judíos pobres é ignorantes tienen por toda ciencia solamente algunas supersticiones religiosas.

Dakinson ha visto, en el Atlas, entre los berberiscos, judíos muy pobres en nada superiores á aquellos.

En China, donde se hallan establecidos desde hace más de dos mil años, y donde jamás fueron perseguidos, carecen de todo progreso.

Igual ha sucedido con los dorios en Grecia: á pesar de no estar mezclados con ninguna otra raza, no han producido revolucionarios ni grandes hombres. Los mismos dorios (he aquí una notable confirmación de nuestra ley) se han mezclado, en Sicilia y en Grecia Mayor, á los italianos, sicilianos y pelasgos, engendrando á su vez innovadores y un gran número de genios (Arquímedes, los Pitagóricos, excepto Pitágoras, que era jonio), que revolucionaron el arte etrusco.

Verdad es que esta brillante civilización y esas tendencias progresivas gozaron de vida muy breve; mas la causa de ello fué la mezcla étnica, que en su período de gestación produce un maravilloso resultado, pero de corta duración, cuando es improvisada.

Irlanda y Polonia han presentado, influidas por análogas causas, el fenómeno de una civilización rápidamente surgida al contacto del extranjero, é igualmente de modo rapidísimo sofocada sin duda por carecer de otros factores físicos y sociales favorables á su desenvolvimiento.

Hasta entre los negros, contrarios á toda revolución, la aportación de sangre blanca y el cruzamiento climatérico, hicieron nacer en Cuba las tendencias revolucionarias, de las que salió Toussaint Louverture.

En América del Sur, en el Brasil, los mulatos han prestado no pocos espíritus á las ideas reformadoras, considerable proporción de inteligencias superiores: en desquite de esto producen también muchos criminales.

Otra circunstancia absolutamente particular, que ha hecho del judío una poderosa palanca del progreso, es la falta de alimento inmediato para su ideal.

«Renan ha podido decir, escribe Bernardo-Lázaro (*Revue bleue*, núm. 2, 1893), que los judíos han sido un fermento de revolución en todas las épocas; realmente son los eternos descontentos».

«Su ideal no es el de aquellos que se deleitan con sólo la esperanza: no hubieran progresado tanto para recompensa tan mezquina: no pueden encontrar remuneración bastante á su ambición en los sueños y quimeras. Créense con derecho de demandar satisfacciones inmediatas, no promesas remotas. He aquí el origen de la incesante agitación de los judíos, manifestada no solamente en el profetismo, mesianismo y cristianismo, que es su última expresión, sino todavía después de la dispersión, esta vez de una manera individual.

»Para Israel la vida que Dios da al hombre, es buena en sí: «Vivir es ya un placer».

»El Eclesiástico dice: «Yo he experimentado que no existe otra bondad ni otro goce que la vida».

»La vida es breve: por eso el judío quiere gozar y busca los placeres de la materia para hacer más dulce la existencia.

»Los pueblos que han creído en el más allá, que fueron mecidos en su cuna por

consoladoras quimeras, que se dormían en el sueño de la eternidad, que admitieron el dogma de los premios y castigos en el cielo y en el infierno, todos esos pueblos han aceptado la miseria, las calamidades presentes inclinando ante ellas su cerviz. Sostenidos por la loca esperanza de futuras recompensas, resignáronse sin protestas á las privaciones y á los sufrimientos».

«La abominación de la injusticia debilitase notablemente con la certeza de los premios: ¿qué importan, en efecto, las fugaces iniquidades de la tierra, dice Renan, á los pueblos que creen en una vida eterna, durante la que ha de reinar una equidad inmutable? La fe en la inmortalidad del alma es consejera de la resignación: demuéstrole así, el fenómeno de que la intransigencia judaica se ha atenuado en Israel, conforme en él se afirmaba el dogma de la eternidad.

»Ahora bien, esta idea de persistencia y de continuación de la personalidad no modifica por eso el ser moral del judío. Lo importante para éste es la vida actual.

»El judío ensalza el hombre justo, no el santo, ni el resignado.»

El Dios de los profetas quiere: «Que la

equidad sea como una corriente de agua y la justicia como un torrente inagotable».

Los profetas decían que los ricos son un obstáculo para el ejercicio de la justicia y que ésta no puede ser restablecida más que por los pobres. Conformes con esta doctrina, los *ebionim*, los indigentes y los afligidos agrupábanse en torno de los profetas, sus defensores, protestando con ellos de las exacciones.

»El pueblo hebreo estaba formado principalmente, al regreso de Babilonia, por grupos de mendigos y piadosos.

»Una gran parte de los salmos era obra suya: éstos son en su mayoría, diatribas contra los ricos: simbolizan la lucha de los proletarios contra los poderosos. Siempre que los salmistas hablan de los ricos, dicen que «el rico es perverso, violento y sanguinario, y además, trapacero, pérfido, engañoso y amigo de obrar el mal sin motivo alguno».

«Excitados por las palabras de sus poetas, los *ebionim* no se dormían en sus miserias, soñando en el día que habría de vengarles de la iniquidad, abatiendo al malo y ensalzando al bueno; esperaban la venida del Mesías. La era del Mesías debía ser para todos los humildes la era de la justicia, cuyo reinado aguardan todavía.

»Cuando Jesús venga, repetirá lo que ellos han enseñado; él dirá: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos»; y anatematizará á los ricos, diciendo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos». La idea que los judíos habían concebido de la vida y la muerte, suministróles un primer fermento de revolución. Partiendo pues de esta idea, según la que el bien, es decir, la justicia debe realizarse aquí en el mundo, no en las mansiones de ultratumba, buscaron sobre la tierra la justicia sin hallarla jamás, agitando por lograrla, perpetuamente descontentos.

Su concepto de la divinidad fué para ellos un segundo elemento revolucionario: hizoles concebir la igualdad de los hombres, y por consecuencia, la anarquía. Siempre acataron la autoridad, pero nunca de buen grado.

Cuando los profetas escarnecían á los reyes, no hacían más que expresar los sentimientos de Israel. Así daban una fórmula á las vagas tendencias de los pobres, de los humildes, de todos aquellos que directamente perjudicados por el poderío de la autori-

dad y el dinero, veíanse impulsados por esto mismo á criticar y negar los pretendidos bienes de esa tiranía. Aceptando como Dios solamente á Jehová, los proletarios, los *ebionim*, eran naturalmente impelidos á la revolución contra las leyes humanas, que en modo alguno podían respetar. En épocas de levantamiento vióse á Zadok y á Juda el Galileo, arrastrar tras de sí las masas y gritarlas: «A nadie llaméis vuestro maestro. Nuestra carne es de igual condición que la de nuestros hermanos: nuestros hijos son semejantes á sus hijos».

El odio del israelita contra el rico, fautor de la injusticia, acrece aún más el aborrecimiento hacia el poderoso que niega la igualdad. No pudiendo atribuir un origen divino á las riquezas, resístese á creer que Jehová sea quien las distribuye: por eso, el judío, rasgando el pacto que le une á su nación, sostiene que toda fortuna proviene del mal, que toda riqueza es mal adquirida.

«Además, los judíos aman la libertad, no pudiendo alimentar esta pasión sin contribuir al desenvolvimiento del espíritu revolucionario sobre todo bajo Antioco y durante la época de la dominación romana.

»Aunque su concepto de la libertad polí-

tica desarrollóse paulatinamente, siempre tuvieron el sentimiento de la libertad individual, corolario inevitable de su idea de la divinidad y consecuencia de su teoría sobre la reacción individual». (Bernardo-Lázaro).

Dios es el único maestro, afirmaba esa teoría; nadie, excepto Jehová, puede dirigir el pueblo judío; ninguno de sus semejantes tiene derecho para imponerle su voluntad. No viendo más que criaturas de carne y hueso como él, el judío quiere ser libre y debe serlo. Esta convicción le hace incapaz de disciplina y subordinación, arrastrándole á desembarazarse de todos los lazos con que quieren aprisionarle los reyes y los patrios: los reyes judíos nunca han reinado más que sobre un pueblo de rebeldes.

El judío no es fatalista como el musulmán; por eso reclama justamente en presencia de Jehová, su libre albedrío. Inclínase sin cuidarse de la contradicción, delante de su señor; nuevo *Capanée*, alzaríase contra él para afirmar la inviolabilidad de su *yo*.

No solamente creyeron los judíos que la justicia, la igualdad y la libertad debían ser absolutas en el mundo, sino que han presumido que ellos serían sus apóstoles. Los profetas vieron siempre á Israel en un sueño de

una era de felicidad y prosperidad. Después del destierro, los salmos contribuyeron á aumentar todavía más la creencia en una época de bienandanza, en la que el malo perecerá, y «los pobres poseerán la tierra y gozarán de la paz». Luego, desde su salida de Babilonia hasta la agonía de la nación judía, la esperanza de un redentor ha fortificado á los hebreos.

La tiranía de Antioco y la opresión romana vinieron á avivar estas esperanzas. Consolábanse en sus pruebas, soñando en el día de la libertad. La imagen del libertador se fué formando paulatinamente en sus espíritus; ella era tan pujante en el alma de los que oyeron la voz de Juan Bautista clamando: «Está próximo el reino de los cielos», como en el corazón de las turbas que seguían á Jesús.

De estas esperanzas surge toda una literatura. Es suficiente mencionar el libro de Daniel, los salmos de Salomón, el libro de Enoch, el cuarto libro de Esdrás, los oráculos Sibilianos.

Israel rechazó sin embargo á cuantos se han titulado Mesías. No ha hecho caso de ninguno de los que se dicen enviados de Dios, Jesús, Barkokba, Theudas, Alroy, Serenus, Moisés de Creta, Sabbatai.

Esto es debido á que Israel nunca ha visto realizado su ideal. Precisa notar además otra causa órgano-psíquica de sus tendencias revolucionarias. «Existe, en todo judío, una secreta facultad de metamorfosis, que me ha frecuentemente maravillado, escribe Leroy; él está pronto á todas las transformaciones, sin casi perder jamás la marca de su raza. Tiene la singular facultad de mudar de nacionalidad, según place á su sentido volitivo, sin dejar en el fondo de ser judío. De esta suerte es á la vez el hombre que más se modifica y el que cambia menos. Es como un metal siempre en fusión; se adapta á todos los moldes, y adquiere todas las formas sin variar de substancia».

He aquí de qué manera el conservador violento se ha convertido en el socialista, factor de todo progreso.

Además de la selección operada por la persecución, conviene indicar aquí la que resulta de la cultura intelectual. No de otro modo explicase el respeto que el judío profesa á las personas instruidas.

Se ha dicho que el Talmud ha contribuido á perfeccionar el espíritu de Israel. De ninguna manera.

Igual que el escolasticismo, acaso más que

él, el Talmud solo ha perjudicado á la inteligencia judía, colmándola de frívolas sutilezas, de necios temores: más útil fué al contrario esa especie de culto, de veneración que ellos sentían por sus lectores, quienes á pesar del absurdo texto (mejor que gracias á él) eran, á decir verdad, pensadores y estudiosos. En aquellos tiempos en que el judío vivía en Polcna, sumido en la más completa barbarie, en que le era prohibido todo contacto con el gentil, en que lo ignoraba todo haciendo de su misma ignorancia una línea de conducta, aquel que había estudiado el Talmud era buscado como un hombre inestimable, que los potentados se disputaban para casarle con sus más ricas herederas.

«El sabio, dice el Talmud, es superior al rey. Un bastardo sabio vale más que un gran sacerdote ignorante».

Esta admiración por todo progreso intelectual ha ayudado al judío á hacer una selección, á frecuentar los espíritus ilustrados, á buscar todos esos genios que se pierden desconocidos, por no tener al alcance de sí mismos los medios de abrirse camino (1).

(1) V. *El hombre de genio*, C. LOMBROSO.

En los países donde se vive la vida judía, por ejemplo, en el Este de Europa, Vilna, Varsovia, Brody y Jassy, los obreros israelitas reúnen todavía en nuestros días todas las tardes, en sus *clausen* para estudiar y meditar la ley. Desdeñando la taberna, las diversiones, las músicas que atraen á tantos compañeros suyos, los obreros judíos fundan clubs para estudiar la Biblia. Cada *hebra* (club) tiene su lector, subvencionado á sus expensas.

En los países del Este, encuéntrase por doquier un gran número de los doctores sabios que pululaban en las ciudades de Judea, en tiempo de Cristo.

Es necesario igualmente considerar que los judíos eran, ya en la época de los fenicios y de los cartagineses, un pueblo industrial y letrado, siendo muy raro entonces el judío falto de ilustración, analfabeto. La instrucción ha sido siempre obligatoria entre los hebreos, que nunca abandonaron, como los cristianos laicos de la Edad Media, la ciencia en las manos del clero.

Convertidos por la fuerza de las circunstancias y por sus tendencias instintivas en un pueblo exclusivamente comerciante, deben ser comparados no al total de la po-

blación, sino al de las ciudades solamente, á la población industrial, en una palabra, á esa parte que produce más rebeliones, más revolucionarios y más genios (1).

Explicase así también la notable predisposición de los judíos á las neurosis, predisposición más frecuente en aquellos que se dedican á trabajos intelectuales (según he demostrado en mi obra *El hombre de genio*) y que es, en todos los casos, causa y efecto del genio.

He observado hace algún tiempo, y posteriormente á mí, también lo ha experimentado Charcot, que las naciones donde el judío cuenta un número considerable de espíritus superiores, arrojan, por el contrario, elevada cantidad de alienados. Así, en Alemania, hay ocho alienados por cada 10.000 cristianos y diez y seis por cada 10.000 judíos: en Italia uno por cada 384 judíos, y uno por cada 1.725 cristianos. Jacobs ha obtenido datos análogos en Inglaterra.

Es esta una proporción, ó mejor, una desproporción, tanto más notable en una población que á pesar de su excesivo número de ancianos, y por consiguiente de d

(1) Véase en confirmación de esto *El delito político y la Revolución*, (2.ª parte 1889). C. LOMBROSO.

tes seniles, encierra, según se sabe, una considerable cantidad de alcoholizados. Necesítase para explicar este fenómeno, realizar la comparación, no con el pueblo cristiano en general, sino con la población industrial, que ofrece doble contingente de alienados.

La desproporción seguirá siendo, aún después de esta comparación, demasiado grande, sin poder ser explicada más que por el exceso de trabajo y por el eco de persecución, durante tan largo tiempo padecidos.

Los campeones del antisemitismo, esa vergüenza de la Europa actual, no han pensado en este fatal privilegio; muy cierto que no se mostrarían tan irritados por los éxitos de esta desgraciada raza, si consideraran á costa de cuántos infortunios los ha conquistado, aún en nuestra misma época. No soñarían, no, con renovar las tragedias de otros tiempos, en las que las víctimas acaso vertieran más sangre, pero sin sufrir tormentos tan crueles como los presentes, heridas en su gloria por su misma causa y faltas de la satisfacción de contribuir con su sacrificio á la más noble selección de la especie.

## CAPÍTULO IX

### INTERESES ECONÓMICOS.—UTILIDADES COMER- CIALES

La cuestión económica es en nuestros días el principal de todos los problemas. Resulta por consiguiente eminentemente útil preguntarse: ¿los judíos son ó no una concurrencia perjudicial á nuestro comercio? ¿Inmovilizan los capitales? ¿Es necesario combatirlos bajo este aspecto? (PICARD, v. ant.)

He aquí las respuestas á las anteriores preguntas:

Es cierto que los judíos dedicados al comercio constituyen mayoría, principalmen-

te en los países, donde son perseguidos y en los que carecen de otros medios de existencia.

Servi nos proporciona en Italia, nación en que después de largo tiempo gozan de completa libertad, el censo siguiente (1861):

Agricultores. . . . .	0,7 0/00
Artesanos. . . . .	4 0/00
Propietarios. . . . .	5,6 0/00
Sacerdotes. . . . .	9,3 0/00
Profesiones liberales. . . . .	27,6 00/0
Empleos administrativos. . . . .	120 00/0
Domésticos. . . . .	16 00/0
Militares, etc. . . . .	13 00/0
Comercio é industria. . . . .	177 00/0

Adviértese en esta estadística el considerable predominio de comerciantes y empleados.

Ella, sin embargo, no da otras explicaciones: algunas investigaciones nos enseñan que el antiguo hebreo, aunque primero nómada y después esencialmente agricultor, revelaba ya una tendencia especial á la industria y el comercio. No podría explicarse de otra suerte, por qué todos los altos empleos financieros fueron confiados en Nínive y Babilonia á los hebreos, y cómo se han encontrado en el viejo léxico israelita numerosas etimologías que demuestran cuánto

abundaban entre ellos los usureros, áun antes del desenvolvimiento literario de su lengua.

La palabra *haval*, que quiere decir *usura*, significa también *tormento*, *género*, *dolor*, *ligadura* y *acreedor*.

Otro vocablo, *nava*, significa *usurero*, *nervio*, *engañar*, *prestar*. *Nava*, cuerda, *ligadura*.

*Ravad*, la acción de encorvarse.

*Enavad*, empeño, compra-venta, préstamo.

*Nagas*, *exigir el pago*, *hostigar*, lo que equivale ciertamente para el mismo objeto y sin duda por derivación al sencillo *nexus* latino.

Esto induce á creer que las leyes socialistas agrarias de que nos habla la Biblia, no debieron estar en vigor durante largo tiempo.

Los judíos tenían asociaciones de libreros en Jabés, y fábricas de *bysse* (tejidos de lino) en Bath-Ashbéa. Ya en tiempo de Alejandro, hallábanse establecidos en las plazas comerciales más importantes: Corinto, Antioquía, Creta; los judíos de Babilonia ocultaban en esta última sus tesoros en los períodos de revoluciones. (EWALD, *Dic. Alter*, *Die Kumer der V. Israel*, tomo IV, íd. II, 296, Got-

tinge, 1854). Confirmanos igualmente que esta aptitud comercial de los hebreos fué siempre una especialidad de su raza, su afinidad con los fenicios y cartagineses, con los que habían de común el lenguaje, y á los cuales se asociaron por su comercio en Gaza. (Jueces, V, II). Los fenicios conocieron antes que los egipcios el uso de la moneda y de las pesas, precisamente como los judíos europeos, el de las bancas. Los sidonios se distinguían por sus fábricas de telas y cristalería. La astucia púnica es bien conocida de todos. Nadie ignora los sencillos contratos de Jacob con Esaú y Laban.

Compréndese muy bien con tales precedentes, que los judíos se hayan en lo sucesivo consagrado totalmente al comercio, siendo durante muchos siglos los comerciantes más hábiles del mundo, y por ende los más aborrecidos; explicase asimismo que en aquella época en que no existían aún las bancas, esos formidables instrumentos de usura y engaño, fuesen los principales usureros, aportando al comercio ese insaciable espíritu de avaricia y maulería que ha adquirido entre ellos, por el continuo hábito, enormes proporciones.

He aquí la consecuencia necesaria de un

oficio prolongado durante tantos siglos. Como toda profesión manual que causa á la larga una deformación especial é implica en sí misma tantos perjuicios como ventajas, esta profesión de la industria y del oro que ha realizado la beneficiosa obra de transformar la época feudal y teocrática en una era burguesa y comercial, no está exenta de numerosos daños.

Mas no hemos de reeriminar ahora el judío, sino su oficio, y con mayor justicia el fruto de este oficio, el capitalismo, que después de haber cambiado y beneficiado la sociedad bárbara, ha degenerado á su vez, tendiendo hoy á arruinarla.

Si los judíos toman en muchas regiones de Europa parte muy activa é influyente en la atrozmente brutal dominación del capitalismo, el día en que los oprimidos del cuarto estado arrojen por tierra la burguesía, ellos perecerán entre sus ruinas. No es sin embargo la cuestión semítica la única que en este extremo se ofrece á nuestro estudio: es además la gran cuestión social que se presenta con tal motivo en la palestra, el problema de las categorías y los rangos, no de las razas, mucho más amenazador para la época futura que para los tiempos actuales.

Sería injusto callar que los judíos no tuvieron siempre la primacía absoluta entre los especuladores y defraudadores del capital. Las infamias de Shilok palidecerían aún en nuestros días mismos ante las de la banca Bontoux, del Panamá, de la banca popular de Turín, de la Banca Romana, infamias defendidas, encubiertas y hasta frecuentemente maquinadas por los hombres políticos, por los periodistas más eminentes, ¡no todos judíos, desgraciadamente! (excepto Susani, Arton, Herz, Reinach, etc.) ¡Todo esto, gracias al sistema parlamentario, á los códigos comerciales, que pudiera decirse que han sido concebidos expresamente para burlar y arruinar las masas, parapetándose detrás de la inmunidad de los diputados y culpando de todas las responsabilidades á la colectividad; todo esto, gracias á los consejos de banqueros más débiles y sugestionables que tiernos parvulillos; todo esto, en fin, gracias á las leyes de prensa dictadas para castigar á los que denuncian los delitos, mejor que á quienes los cometen, de tal suerte que á no ser por ciertos generosos tribunos, todos estarían todavía impunes, constituyendo una eterna amenaza para las gentes honradas!

No eran judíos aquellos industriales millonarios que, en América, llegaron hasta armar verdaderos filibusteros legales contra sus obreros, cercando sus fábricas de acorazadas murallas, de minas y de cañones.

Los judíos contribuyeron á realizar la utopía sansimoniana; ellos se mostraron los más decididos aliados de la burguesía: trabajando por ella laboraban para sí propios; así en toda Europa, se les vió en los primeros puestos del movimiento liberal, que desde 1815 á 1848 ha establecido la dominación del capitalismo burgués.

Moses Ibess, Gabriel Riesser, Heine y Borne en Alemania, Fingi, Jellinnek en Austria, Lubliner en Polonia, combatieron en 1848 los primeros por la libertad.

Si han intervenido después en las exacciones del capitalismo, discúlpales de ello haber sido los padres, según todas las probabilidades, los iniciadores de la revolución contra el capital, con Marx, Loria y Lasalle; esto sin contar el número considerable de adeptos que han proporcionado al socialismo de todos los países (1).

(1) En Italia, Tréves, G. Levi, Torre, Monvigliano, etcétera; en Austria, además de Exdter, Lieberman y Cohen, puede citarse á Neumayer; Fribourg, uno de los

Consideremos finalmente que, merced á esos instintos, heredados probablemente de los fenicios, á su poca fe en la vida futura, á su escaso gusto para las artes plásticas y sobre todo á las necesidades históricas impuestas por las persecuciones, ellos precedieron, acaso desde hace muchos siglos, á la fase moderna. Los judíos echaron las bases del tercer Estado que constituye un gran paso sobre la teocracia y el estado militar, así como los líquens y musgos más insignificantes, que forman un abono de donde brotan las plantas superiores.

Los judíos representan todavía hoy en aquellos países como Rusia, donde predominan los empleados, los nobles y los agricul-

---

directores de la Federación Parisién de la Internacional, de la que formaron parte también Loeb, Haltmayer, Lázaro y Armando Levi; León Fransck; Ph. Coenen (o Fribourg: *L'association internationale des travailleurs*, París, 1891); Dobrojanu Ghérea en Rumania; Gompers, Kahn y de Lion en los Estados Unidos de América. Los rusos, apenas librados del *ghetto*, tomaron parte en la agitación nihilista; algunos—entre ellos había también mujeres—sacrificaron sus vidas por la causa emancipadora, debiendo colocarse junto á esos médicos y abogados israelitas, la masa considerable de artesanos refugiados, que han fundado después en Londres y New-York, importantes asociaciones obreras, verdaderos centros de propaganda socialista.

tores, la base de la burguesía mercantil: queriendo suprimirlos por medio de persecuciones, no solamente se aporta (en contradicción con lo que piensan los bárbaros que dirigen tales pueblos) una ventaja á la población, sino que se sofocan los gérmenes del comercio y la industria. Es lo que podríamos llamar, según ha observado admirablemente un ilustre genio ruso, el Maquiavelismo de nuestros tiempos. (Novicov, *La lutte des races*).

«La expulsión de los judíos es una falta absoluta de gobierno; véanse sino en estos mismos momentos los tristes resultados en Rusia. En la provincia de Orel, por ejemplo, el precio del cáñamo ha bajado á consecuencia de la emigración de negociantes israelitas que sabían correrlo; podrían citarse otros muchos casos. La falta de seguridad para las personas es la causa de la paralización general de los negocios. Hoy, los israelitas en Rusia no se atreven á emprender nada y los comerciantes están arruinados».

En 1881, tienen lugar (escribe Chmerkiné, (1), p. 3) los sangrientos tumultos antisemitas; en 1882, aparecen las restricciones

---

(1) *Les conséquences de l'antisémitisme.*

impuestas á los judíos; después de 1882, Rusia presenta todos los síntomas de una gravísima catástrofe económica: el consumo de géneros, aun de los de primera necesidad (bebidas, azúcar), ha descendido de un modo alarmante. Igualmente ha disminuído la fabricación productora y la superficie de tierras sembradas de cereales; la expulsión de los judíos es por consiguiente una de las causas de la espantosa hambre de 1871; así en Vinitza, antiguo centro judío, un pan de centeno se vendía de 80 á 85 kopecks; en Kherson y Raison, de donde han sido expulsados más recientemente, alcanzaba de 120 á 132 kopecks.

Los competidores locales, desembarazados de los judíos, comenzaron á explotar el pueblo. Muchos distritos demandaron del gobierno, por medio de instancias, la vuelta de los judíos para evitar el hambre (Chmerkine).

No han faltado quienes sostuviesen que tales procedimientos eran necesarios en Rusia y Rumania, porque los judíos de estas naciones repugnan toda civilización. Ahora bien, los judíos que han producido á Spinoza, Maimonides y Mendelssohn, no eran diferentes del judío ruso moderno.

Ellos constituían, absolutamente igual que

los judíos rusos más viles, por su lenguaje, sus costumbres y su desaseo, un objeto de repulsión en todos los países donde hubieron de prosperar.

Una de las pruebas de la fácil transformación del judío ruso, de la cual nos hemos ocupado anteriormente, se encuentra en lo que sucede en la actualidad en América. Los primeros de estos judíos, hijos de mendigos y vagabundos, que desembarcaron en Londres y en América, no vivían al principio más que de la mendicidad, permaneciendo inactivos durante los primeros meses. Mas, algunos estudiantes arrojados allí por las últimas persecuciones rusas, vinieron en su ayuda, organizándose maravillosamente, creando nuevas industrias, no competidoras ni en concurrencia con las industrias predominantes del país, por ejemplo, la de las capas de pieles; instituyeron también inmediatamente círculos, escuelas, sociedades cooperativas, aunque la *New-York Herald* (triste es para nosotros decirlo) atestigua una enorme diferencia entre ellos y los italianos establecidos desde hace largos años, tan divididos, tan aislados, tan indignamente humillados por sus propios compatriotas, hasta el extremo de hacer una ridi-

cula figura en «se país donde la estimación se obtiene solamente por el éxito y el dinero.

La influencia beneficiosa, «industrializadora» del judío, resalta claramente en la Edad Media, á despecho de las exageradas supersticiones del pueblo y de los amaños clericales, que excitaban á la degollación y á la prisión de los israelitas; los gobernantes de aquella época desafiaban las iras de las muchedumbres y del clero, por volverlos á llamar y retenerlos entre sí, porque de otra suerte veíanse imposibilitados de atender á las necesidades del comercio, acreciendo por el contrario considerablemente la usura.

Egica, rey visigodo de España, uno de sus más crueles perseguidores, que los desterró de sus Estados, reservó para ellos la Septimania «con el fin—son sus palabras—de reparar los desastres sufridos por esta provincia y para que los judíos pudiesen restaurar la hacienda pública, bien por los tributos que pagaban al fisco, bien con su actividad y su industria (1).

Luis III y Felipe el Atrevido, escribían en sus cartas de admisión de los judíos en sus territorios, que no se les ocurrían otros me-

(1) D'AGUIR, *Concil. hisp.*, t. II, p. 752.

dios de restablecer sus erarios arruinados que hacer un llamamiento á los que eran los más aptos para hacer prosperar el comercio y circular el dinero (1).

El papa Pío V, uno de los pocos Pontífices que han perseguido á los judíos, declara en sus bulas, que mantenía los israelitas en Anconia, *para no destruir el comercio con el Oriente.*

Manuel Philibert, restaurador de la dinastía de Saboya, concediendo á los judíos, casi por aquella misma época en un decreto expedido en 1572, el derecho de establecerse en sus dominios, afirma expresamente haberlo hecho movido «por el bien de nuestros súbditos y los intereses del país» (2).

«En aquellos tiempos, escribe Röscher, en que el gran número de portazgos y la tiranía de los señores feudales hacían imposible toda especulación que no fuese la de los insignificantes comerciantes de las villas populosas y de las ciudades, los judíos más atrevidos y revoltosos, volvían sus miradas hacia más vastas especulaciones, laborando en silencio para aproximar los continentes y unir los

(1) *Reflexions d'un Milord*, p. 52.

(2) GUIDELTI, *Pro Judais*, 1884.

reinos. Evitaban para ello los obstáculos y barreras, ocultando cuidadosamente, bajo una apariencia miserable, su efectiva riqueza y el secreto de sus transacciones. Proponíanse el comercio en grande escala y facilitaban á los consumidores mejor acomodados, los casi desconocidos productos de países remotos. Habían adquirido á fuerza de vagar de país en país un conocimiento exacto de las necesidades y de todos los caprichos comerciales; sabían dónde se debía comprar y dónde se podía vender; bastábanles algunas muestras y un catálogo de notas para realizar sus operaciones mercantiles más importantes. Correspondíanse mutuamente bajo la fe de obligaciones que sus intereses les obligaban á respetar, rodeados, según estaban de enemigos de todas condiciones. El comercio ha perdido el carácter de las ingeniosas maquinaciones, que resultaron de sus esfuerzos: esto se debe sin embargo á los rápidos progresos, cuyo brillante episodio, én medio de la profunda ignorancia de las tinieblas feudales, nos ha enseñado magistralmente la historia.»

Los judíos inventaron, en opinión de Röschner, la letra de cambio, tan útil ciertamente para la burguesía, como la pólvora á la arti-

llería y la imprenta. La creación de los Bancos y Montes de Piedad es en efecto obra de los judíos. Amalfí, Venecia y Génova débelen el acrecentamiento de sus tráficos.

Notemos por último que en aquéllos países, como Italia y Holanda, que no persiguen al judío, este puede desenvolverse en todas direcciones, mostrando entusiasmo por los asuntos nacionales y dedicándose á la política, la enseñanza y la armada. Conforme él se ocupa en todas esas profesiones que no pueden perjudicar á una nación, abandona en gran parte el comercio; el usurero principalmente se aparta del tráfico del oro que le hace tan odioso; ¡fenómeno digno de mención! él tiende entonces á empobrecerse.

Solamente los verdaderos Shiloch, los judíos antiguos puros, lloran la pérdida de sus vetustos *ghetti*, donde acumulaban las riquezas: échanles de menos hoy, que los hijos de Israel abandonan las ganancias materiales por las ideas.

No dudamos, por todas las anteriores razones, que si el antisemitismo triunfa, alcanzará un resultado absolutamente opuesto al que se propone: aumentará más la riqueza y la unión de los judíos. El antisemi-

tismo evitará todo esto, cosa imposible actualmente en Europa, excepto acaso en Rusia, llegando á destruirles completamente; en efecto, perseguirles, cerrarles todos los caminos, es justamente refinar su espíritu mercantil, impulsarles más y más á la observancia de esos ritos ridículos de los que deslíganse poco á poco, entrando en las corrientes del progreso moderno.

Nosotros creemos que el antisemitismo no puede perdurar y que el judío ha de desaparecer antes de cinco ó seis siglos, no dejando otros rastros de sí que un reducido número de ortodoxos en ciertos países bárbaros y alejados. El judío libre, substraído á códigos excepcionales (escribe B. Lázaro) y al talmudismo ankylosan, es un elemento absorto, estando muy lejos de ser un elemento absorbente. «En ciertos países, como los Estados Unidos, la distinción entre judíos y cristianos borraré rápidamente; así continuará verificándose de día en día.» (1) Nowikow cree, en la hermosa obra citada anteriormente, «que la fusión entre rusos y judíos, conforme se ha visto en 1868 bajo un régimen más liberal, sería muy fácil, si no

(1) H. GEORGES, «*Progrés et pauvreté*» Paris, 1887.

fuera estorbada por leyes arbitrarias. Nosotros vemos hoy, en consonancia con esto, á Budapest, ciudad trasformada y modernizada por el capital semita, que además la industrializa en su distrito, mejorando en todo el centro que estará en breve tiempo más embellecido que Viena, la capital rival. La perla de Hungría es, á pesar de todas esas transformaciones más maggiar que nunca y celosa de su origen húngaro.

## CAPITULO X

### MORALIDAD DE LOS JUDÍOS

Los rigoristas, principalmente los alemanes, han pretendido invocando el gran número de judíos, autores y propagandistas de libros perniciosos, que éstos son los maestros de la inmoralidad moderna. Mas, según ha observado muy justamente un escritor francés, espíritu tan notable (1), el espíritu moderno no necesita del semita para complacerse en la inmoralidad. Si algunos de entre ellos, como Heine y Revere, han puesto en

---

(1) LEROY BEAULIEU, *ob. cit.*

ridículo y depreciado el ideal humano, no es suya toda la culpa; ella tiene su origen en los acontecimientos que sucedense rápidos destruyendo las más grandes aspiraciones y en el movimiento moderno, que ha sustituido el más puro idealismo con la sed inextinguible de intereses.

Además, los judíos no fueron solamente idealistas, en ciertas ocasiones llegaron cerca de la santidad. Por ejemplo, Lasalle, Darmstetter y Franchetti que, á la hora de los desastres, se dejó matar por la Francia, Coralie Cahen, que se constituyó en enfermero de los mismos franceses hasta su cautividad; finalmente, muchos nihilistas, entre ellos *Chesojub*, martirizado por Rusia y venerado por el mundo como un nuevo Cristo» (1).

Yo convengo, no obstante, en que la mayoría de los judíos hállase más imbuída de soberbia insana y avaricia de dominar que de amor del bien: esto aún se explica por la epidemia de nuestra época. Representantes del espíritu moderno, son también desgraciadamente portadores de sus hediondeces.

(1) Véase el admirable libro de David Levi, autor del *Prophète*, intitulado *Le Semitisme dans la civilisation des peuples*, Turin, 1884. Véase mi obra *El Delito político*, 1890.

Los ultrasemitas y las personas que consultan los datos de la estadística, sin profundizar en ellos, han afirmado por su parte que los judíos son muy morales, porque las cifras de su criminalidad son inferiores á las de sus conciudadanos, precisamente ahora que la antipatía general muestra especialísimo interés en sacar á la luz pública sus delitos. En Baviera se cuenta un delincuente por cada 315 judíos, 1 por cada 265 católicos. En Bade, 66,6 delincuentes por cada 100 cristianos. (DAVID LEVI, *ob. cit.*)

Puede oponerse á estas estadísticas, aquellas otras formadas en Austria y Prusia, pero nosotros no debemos olvidar que una tercera parte del argot tudesco está formada por palabras hebreas, lo que indica que los judíos han participado por lo menos, durante un cierto tiempo, del movimiento criminal; muchos de los ladrones de alhajas, de que habla Vidocq, son desde luego judíos.

Convendría mejor decir, que el acendrado amor de la familia, la casi nula animosidad, la abstinencia del alcohol, aléjanlos por sí de los delitos de violencia, de las riñas y de las agresiones. Precisa añadir igualmente que su criminalidad, compuesta sobre todo de estafas comerciales, es de las que se ocul-

tan con mayor facilidad, y de las más perfectamente acordes con las civilizaciones avanzadas, en las que los delitos, robos latentes y legales, son denominados operaciones de Bolsa y de Alta Banca.

Los judíos son también en este extremo una prueba del progreso: progreso deplorable, es verdad, pero sin embargo efectivo, cuando se comparan estos delitos con los crímenes sanguinarios que se cometen á diario en los pueblos menos civilizados. Los israelitas representan en la criminalidad esa parte, que habrá de ofrecernos la época futura, y que comienza á despuntar hoy en Australia y en la América del Norte; en ningún caso llegan á ellos á la criminalidad premeditada y sanguinaria, demostrada por sus enemigos en el caso Dreyffus, en el que no solamente no retrocedieron ante la calumnia, sino ante la falsedad y acaso el asesinato; todo *ad Dei majorem gloriam*; tantos crímenes que, sin la iniciativa de un genio ilustre, Emilio Zola, quedarían no ya impunes, sino hasta glorificados y triunfantes, arrojando una deshonrosa mancha, más infamante que todos los crímenes juntos, sobre la frente de la noble Nación Francesa.

## CAPÍTULO XI

### PROFILASIS DEL ANTISEMITISMO

Mr. Birnbaum (1), filántropo distinguido aunque exaltado filosemita, se ha propuesto favorecer la colonización de los judíos en Palestina. Encontró partidarios de sus ideas en Austria, fundando periódicos é implantando ricas y numerosas asociaciones que crearon una docena de colonias. Después Th. Herrl y Max Nordau, recogiendo de nue-

---

(1) BIRNBAUM, *Zionismus*, Viena, 1893.—LINSKER, *Autoemancipation*, Odesa, 1884.

tan con mayor facilidad, y de las más perfectamente acordes con las civilizaciones avanzadas, en las que los delitos, robos latentes y legales, son denominados operaciones de Bolsa y de Alta Banca.

Los judíos son también en este extremo una prueba del progreso: progreso deplorable, es verdad, pero sin embargo efectivo, cuando se comparan estos delitos con los crímenes sanguinarios que se cometen á diario en los pueblos menos civilizados. Los israelitas representan en la criminalidad esa parte, que habrá de ofrecernos la época futura, y que comienza á despuntar hoy en Australia y en la América del Norte; en ningún caso llegan á ellos á la criminalidad premeditada y sanguinaria, demostrada por sus enemigos en el caso Dreyffus, en el que no solamente no retrocedieron ante la calumnia, sino ante la falsedad y acaso el asesinato; todo *ad Dei majorem gloriam*; tantos crímenes que, sin la iniciativa de un genio ilustre, Emilio Zola, quedarían no ya impunes, sino hasta glorificados y triunfantes, arrojando una deshonrosa mancha, más infamante que todos los crímenes juntos, sobre la frente de la noble Nación Francesa.

## CAPÍTULO XI

### PROFILASIS DEL ANTISEMITISMO

Mr. Birnbaum (1), filántropo distinguido aunque exaltado filosemita, se ha propuesto favorecer la colonización de los judíos en Palestina. Encontró partidarios de sus ideas en Austria, fundando periódicos é implantando ricas y numerosas asociaciones que crearon una docena de colonias. Después Th. Herrl y Max Nordau, recogiendo de nue-

---

(1) BIRNBAUM, *Zionismus*, Viena, 1893.—LINSKER, *Autoemancipation*, Odesa, 1884.

vo la idea, han propagado el Sionismo en igual sentido.

Ahora bien, debe decirse que se sabe que una parte considerable de la Palestina está reducida á un desierto, que sólo es rica en tradiciones y que, únicamente á fuerza de enormes capitales, produciría apenas lo suficiente para la vida de los colonos. Es además un desierto expuesto á frecuentes invasiones de tribus semi-salvajes, y como por otra parte, después de la crucifixión y muerte de Cristo han consagrado esta tierra los adeptos de otras religiones, los cristianos, griegos, cismáticos y calvinistas, todos se disputan sus fragmentos. Todas estas sectas gozan de la paz delante del apático musulmán, que vive y deja vivir, mas no podrían acomodarse fácilmente á la dominación judía, que oponiendo un fanatismo á otro fanatismo, no haría más que avivarlo, centuplicarlo, profanando con sola su presencia el elemento místico.

Es necesario suponer que solamente una pequeña parte de los judíos, los rusos y los rumanos, se sentirían atraídos hacia aquellas tierras, tal vez de una manera totalmente teórica, soñando como Petrarca soñaba con su Laura, veinte años después de su

muerte, que esos parajes no son su patria, y viéndose embarazados si se les sujetaba á su idioma. Los que representan el espíritu moderno en toda su esencia, rehusarían ciertamente volver á la antigua barbarie (y ¡qué barbarie!), que reina todavía como única soberana en la Judea moderna.

Hemos notado anteriormente que, bajo el punto de vista antropológico y moral, como respecto del traje y del lenguaje, el judío tiene siempre por modelos á las naciones en que vive, adoptando sus inclinaciones, sus costumbres y conservándolas después durante largo tiempo; el judío hállase siempre influido por el espíritu dominante del país. Este espíritu que le mantiene unido, hace muchos años, exclusivamente á las ideas de los pueblos modernos, obligale en lo sucesivo á adoptarlas con una tenacidad tanto mayor cuanto es más prolongada su permanencia en ellos. Así, en Italia, los judíos son venecianos en Venecia, piamonteses en el Piamonte (consúltese anteriormente). ¿Cómo podrían hoy acomodarse á una patria nueva, á la Judea? ¿Cómo les sería posible abandonar sin protesta las tierras que habitan, sin esperar volver nunca á ellas? Yo no aceptaría, en virtud de estas razones, el Sionismo,

más que para aquellos israelitas á los cuales se niega estúpidamente una patria y que por esto mismo han menester de una á la que amar; mas esta patria puede ser concebida y realizada sin la idea de una demarcación aduanera, etc., y multiplicando los centros comerciales por la emigración no solamente en Palestina, sino en Australia, América, etc.

Yo juzgo que uno de los medios, acaso el más seguro para resolver la cuestión antisemita, sería desembarazar de esa manera los lugares en que la población judía es demasiado densa, precisamente como se verifica para las epidemias. Adviértese sin embargo que ese despoblamiento no contribuye á amainar el movimiento de la civilización, en que los judíos intervienen tanto. No sería ciertamente tampoco favorecer el progreso moderno, sinó más bien retardarlo, enviarles á aquel país, en el que nada ó casi nada progresaron durante largos siglos, donde les fué imposible sufrir las influencias étnica y climatérica y donde ellos no presentan pruebas más que de una civilización todavía problemática.

¿Qué agricultores harían los comisionistas, joyeros y taberneros?, además: ¿qué te-

reno laborable podría suministrar el desierto calcáreo de Palestina? (1)

Comprendo que con la fe de los Mormones ellos harían lo que estos últimos han hecho en el otro lado del Océano.

Empero la fe del judío languidece como la de otros pueblos, fáltale aquel entusiasmo que obra milagros, sin tener en cuenta además que los verdaderos creyentes son los menos instruidos, y por consiguiente los más ineptos para fecundar una tierra tan poco propicia.

Si hubiera de realizarse una emigración seria, debería dirigirse hacia los centros más modernos, por ejemplo, hacia la Australia y la América del Norte ó del Sur. Podría reservarse exclusivamente para esa pseudo-idílica colonia de Palestina, á los fanáticos inveterados de los pueblos esclavos, que re-

---

(1) Debo confesar que informaciones ulteriores sobre las colonias sionistas contradicen las ideas emitidas por mí hace algunos años, porque ellas practican ahora la verdadera agricultura, modernizada con las máquinas perfeccionadas de las cooperativas, con las tendencias colectivistas sin descuidar la más amplia cultura intelectual. (Das Welt, 18 de Mayo). Me congratulo de haber sido contradicho en esta cuestión por semejantes hechos.

huyen todo progreso y deliran aún muy seriamente con el reino de Sión.

Una medida más segura, si bien antipática á los semitas que no satisfarían entonces en modo alguno su odio, sería conceder la mayor igualdad política á los judíos.

Hemos visto que sus hábitos usureros y sus tendencias á una capitalización excesiva desaparecen allí donde se les permite emprender otra carrera, borrándose al propio tiempo las causas de envidia, los perjuicios que les crean sus profesiones.

La fusión se haría poco á poco en las naciones más antisemitas, de igual suerte que se ha realizado en Italia y Hungría; los pueblos utilizarían entonces los tesoros de inteligencia, que se pierden por una simple cuestión de bautismo.

Cuando se recuerdan los grandes hombres que los judíos han dado en Alemania á las ciencias médicas, como Traube, Conheim, Casper; cuando se recuerda la absurda ley, que no permitía á un hombre hacerse simple profesor, por la sola razón de tener sangre judía, como si la teoría celular fuera diversa para un israelita y para un protestante y como si el microtomio diera golpes diferentes en las manos de un ortodoxo, en-

tonces sí que puede preguntarse si hemos retrocedido más allá de los tiempos medievales, bajo semejantes relaciones.

Sería asimismo conveniente demostrar á los judíos, que muchos de sus ritos pertenecen á otra época y que por sus añejas extravagancias (por ejemplo, el ayuno, la circuncisión), han despertado en los profanos una repugnancia instintiva. Siendo todas las religiones modificadas en su esencia, no menos que en la forma, ¿por qué ellos no habrían de modificar la suya, siquiera fuera en las prácticas exteriores?

¿Por qué no renunciar á la circuncisión, esa mutilación salvaje, á los múltiples fetiquismos de la Escritura Santa, cuyos pasajes y versión esparcen por sus habitaciones, llegando á cubrir sus cuerpos con ellos, á modo de amuletos, sin pensar que únicamente son restos de la antigua veneración que profesaban los primeros hombres y todavía hoy, los salvajes, por las fórmulas escritas?

Esto acaecería de igual manera que ellos abandonan á los extranjeros el uso litúrgico del hebreo, persuadiéndose que el buen Dios sabrá comprender sus preces en todos los idiomas.

Si, á mayor abundamiento, se facilitasen los matrimonios, haciendo además comunes los cementerios y hospitales, las divergencias se desvanecerían por sí mismas ante la enfermedad, el amor y el sepulcro, siendo entonces una realidad la fusión común que, al menos por su parte, no debería encontrar obstáculos.

A su vez, los cristianos habían de acordarse de la máxima más predicada por Cristo, la del perdón, dando fin de buen grado á su sed de venganza, contraria á su doctrina y atentatoria contra personas inocentes de su cruel y único martirio.

Si la civilización va allanando paulatinamente las diferencias creadas por la nobleza, el capital y la sangre, ¿cómo había de dejar subsistir las que provienen del fanatismo religioso?

El antisemitismo es desgraciadamente un fenómeno atávico que ha encontrado arraigo en las más rastreras y desconsoladoras pasiones de la humanidad; yo temo muy mucho que cuide poco de los avisos de la ciencia y desatienda los progresos de la civilización, que pueden influir sobre la razón, pero escasamente sobre las pasiones. Añadamos que en los gobiernos fundamentados

en el sufragio universal, las masas inferiores tienden siempre á prevalecer; así un judío de elevado mérito tiene en todo tiempo menos probabilidades de ingresar en una corporación ilustre, que un noble que cuenta todavía en su favor con el viejo respeto que, las masas vulgares han guardado á la nobleza desde los tiempos feudales. Igualmente el que agite la bandera del antisemitismo, aunque sea un desequilibrado como Alhwardt, acaso más exaltado que él, puede encontrar una acogida favorable. La cuestión se encuentra pues, por el momento, en un callejón sin salida. Solamente podrían ser exceptuados los países del Norte, en los que la fase epidémica, actualmente en plena crisis aguda, está acaso llamada á desaparecer como se borra toda forma aguda en las epidemias intermitentes.

Yo creo que la verdadera y la única solución sería un avenimiento entre judíos y cristianos, que elevándose de mutuo acuerdo por encima de prejuicios comunes, convergieran hacia una religión nueva, que no habría de ser la del Vaticano, ni la antigua judaica, que respetaría los descubrimientos científicos, adoptando por estandarte las novísimas ideas sociológicas explicadas ya

por Cristo, formando en una palabra, un Neo-Cristianismo socialista en el que podrían agruparse sin sonrojos y con toda libertad, de un lado los judíos despojados de sus viejos ritos, de otro los cristianos desembarazados de sus odios y supersticiones anti-científicas.

Verdad es que siendo la emoción, el fundamento de la religión, nuestra actual indiferencia dificulta la creación de una nueva, no permitiendo apenas que se extiendan las antiguas: la pasión y por consiguiente, la fe religiosa no se hallan, sin embargo, extinguidas entre las razas del Norte, y menos en la anglo-sajona.

Nuestras razas han menester, pensamos nosotros, de las modernas doctrinas socialistas, hoy nacientes, que, semejantes á las religiones nuevas, contribuyen ya á desvanecer las causas de delito, desarrollando entre sus adeptos neófitos los elementos de solidaridad, y suscitando por todas partes un ideal nuevo, un novísimo caudal de impresionabilidad que, hallando un incremento en las aspiraciones de las gentes pobres y explotadas hacia mejores destinos, podrían favorecer la formación de una religión novísima y disipar los sanguinarios vapores del antisemitismo y la anarquía.

Finalmente, los modernos descubrimientos sobre el hipnotismo, el espiritismo y la mediumnidad, que nos permiten cada día entrever nuevos é inexplorados horizontes, parecen realizados para preparar ese conjunto de fenómenos maravillosos y poco comprensibles, que han sido siempre la base de todo culto nuevo. Acaso veríase en esta ocasión á los sabios hacer por primera vez causa común con las masas.

## APÉNDICE I

---

### ANTROPOMETRÍA DE LOS JUDÍOS DE TURÍN

Debo á la benevolencia del profesor Ottolenghi haber podido tomar algunas medidas antropométricas sobre un centenar de judíos, todos normales y de más de veintiún años de edad. Los estudios notablemente precisos de Marro (*Caratteri di delinquenti*, 1887), y del mencionado profesor Ottolenghi, *Torinesi normali*, me han facilitado esta labor comparativa.

1.º) *Talla*.—La talla de los judíos de Turín, arroja una proporción inferior á la

mediana de los católicos de la misma ciudad

Ellos han presentado una mediana de 1.633, en tanto que en los turinenses era de 1.651.

He aquí como se hallaban repartidos:

1.539 en la proporción de 6 0/10—	Turinenses cristianos	6 0/10
1.570 á 1.639	> 80 0/10—	> 65 0/10
1.700 y más	> 11 0/10—	> 28 0/10

La inferioridad es, conforme se ve, muy clara, y de más de la mitad en las tallas elevadas, las medianas están repartidas según proporciones casi análogas, siendo poco menos que iguales las relaciones para las más pequeñas.

2.º *Color de los cabellos.*—En lo que se refiere al color de los cabellos, si nos atenemos á una comparación con las proporciones halladas en un gran número de católicos turinenses (900), veremos que los israelitas nos suministran datos poco más ó menos iguales:

Judíos turinenses	Cristianos turinenses	
	OTTOLENGHI	MARRO
103	(900)	(95)
Castaños... 64 0/10	67 0/10	27 0/10
Negros... 32 0/10	29 0/10	39 0/10
Rubios... 4,8 0/10	4 0/10	30 0/10

Sin embargo, si nos acogemos á las cifras

más reducidas de Marro, los cristianos dan mayor proporción de rubios, y por el contrario un número inferior de negros y castaños.

3.º *Color de los ojos.*—En cuanto á la coloración del iris, los judíos presentan más ojos negros que azules.

	Turinenses católicos (900)	Judíos turinenses (103)
Castaños negros...	63,9 0/10	72 0/10
Azules y grises...	36,1 0/10	28 0/10

4.º *Cráneos.*—Las medidas del índice cefálico, realizadas en un amplio orden entre los judíos de Turín, arrojan en estos últimos con relación á los cristianos un número igual de bracicéfalos puros y mesaticéfalos; los judíos dolicocéfalos son casi tres veces más numerosos y cinco veces menos considerables los ultrabracicéfalos.

Véanse los datos siguientes:

	Judíos turinenses.	Cristianos turinenses.
Dolicocéfalos....	25 0/10	10 0/10
Bracicéfalos.....	71 0/10	74 0/10
Ultrabracicéfalos.	4 0/10	20 0/10

Para explicar bien cuánto difieren los ju-

díos de los semitas, es suficiente recordar que la dolicocefalia alcanza, en Cerdeña, por el único predominio del elemento semita, la proporción de 94 por 100 con un índice de 74, en tanto que los bracicéfalos son 60 por 100 con un índice de 80 (Calori).

Si por otra parte realizamos la comparación sobre subdivisiones más detalladas, observaremos una diferencia más considerable en el judío, en cuanto al índice cefálico:

Indice cefálico de		Judíos turinenses (101)	Cristianos turinenses (95)
70	á 75	2 0/0	1,0 0/0
»	» 75 á 79,77	7 0/0	0 0/0
»	» 77,78 á 80	16 0/0	9,0 0/0
»	» 80 á 83	27 0/0	11,0 0/0
»	» 83 á 85	25 0/0	21,0 0/0
»	» 85 á 88,98	19 0/0	42,1 0/0
»	» 89 á 92,4	4 0/0	20,0 0/0

La tabla anterior nos demuestra que, entre los católicos, estos índices agrúpanse principalmente por encima de los medianos de 80 á 88, con un número muy reducido de dolicocéfalos; entre los judíos, se advierte un predominio semejante, notándose sin embargo, un número tres veces menor de ultrabracicéfalos, ocho veces más considerable de dolicocéfalos y una distribución más igual que resalta mucho mejor si se estudia cada índice en particular.

En efecto, el índice cefálico de 95 turinenses y de 112 judíos turinenses, ha dado:

	Turinenses.	Judíos.
71	0	1
72	0	2
74	1	0
75	0	1
76	0	2
77	2	4
78	5	5
79	2	10
80	5	5
81	4	13
82	7	15
83	10	11
84	10	11
85	6	9
86	7	8
87	6	6
88	11	2
89	6	3
90	4	2
91	3	1
92	3	1
93	3	0

En estas 22 categorías los turinenses se presentan 4 veces con 0 y el judío 2 solamente.

Considerando todas las otras medidas craneanas (véase la tabla craneométrica) puede

ofrecerse, según que ellos se presentan con 0 ó con 1, el resumen siguiente:

	DT	DL	Circ.	CT	CL	
Judíos.....	17°	16°	19°	11°	12°	= 75°
Judíos.....	5'	11'	14'	17'	24'	= 71'
Cristianos.....	5°	9°	14°	33°	29°	= 90°
Cristianos.....	9'	19'	14'	3'	11'	= 56'

Adviértese de seguida que la mayor parte de los datos que faltan (con 0) y de los raros (con 1) afecta especialmente entre los católicos á la curva transversal y longitudinal y la circunferencia: los diámetros dan, por el contrario, un número inferior. Mas, si establecemos la proporción (siendo los católicos 94 y los judíos 82) el dato 0 es entre los judíos de 94 0/0 y en los cristianos de 90; el 1 es de 77 0/0 en aquéllos y de 176 0/0 entre estos últimos.

Estos fenómenos resaltan más si se adoptan las clasificaciones de Sergi. Obsérvase entonces que el índice cefálico es insuficiente para determinar el carácter étnico: entre los judíos predominan efectivamente los cráneos elipsoides, y los que Sergi denomina birsoïdes. Vendrían luego los que él llama pentagonales, encontrándose igualmente los ovoides, según hemos de ver (Ap. III) al estudiar la *Sphenodeles latus* y los *Sphenoïdes*

*oblungus*, tipos semejantes á los hallados entre los arjos más puros.

Todas estas variedades aparecen más distintas en la fisonomía, que presenta el tipo que yo denominaría egipcio, prognatismo prolongado ó prognatismo combinado con el eurignatismo; ó finalmente el eurignatismo puro, del que existen frecuentes ejemplos entre los Piamonteses. Igualmente encuéntranse por grupos los cabellos rojos, rubios y los negros brillantes del semita puro del asirio; así también, por último, los cabellos encrespados y lanudos del chamita: no obstante, el color predominante es siempre el de aquellos países donde los judíos habitaron durante largas jornadas.

He notado juntamente con Ottolenghi, y acaso nuestra observación pueda parecer extraña, que los judíos de Turín, nacidos de familias que moraron en otros tiempos en los pequeños centros poco distantes de Turín, como Carmañola, Chieri, Casale, presentan un tipo especial en lo que se refiere al rostro y al cráneo; de donde puede afirmarse sin temor á padecer equivocación, que el carácter de extrema tenacidad que les impulsa á vivir separadamente, y que se advierte también en sus tendencias morales é

intelectuales, ha impreso igualmente su marca sobre los caracteres craneanos.

Es necesario investigar la prueba de esto en el cruzamiento climatérico y étnico. Donde quiera que los judíos permanecieron por mucho tiempo, especialmente en Egipto, Siria y Judea, se han asimilado algunos caracteres étnicos de estos países que hoy vemos reproducirse entre ellos por atavismo, de la misma manera que en el asno y el mulo se encuentran todavía los rasgos especiales de su antepasado común.

Esta división y diferenciación de tipos nos proporciona una razón más de sus progresos rapidísimos en comparación de los pueblos circundantes, cuando su riqueza de sangre semita, observada aún en nuestros días por el doble número de dolicocefalos, debería ser justamente una causa de inferioridad.

En cuanto á la capacidad del cráneo, la media entre los judíos arroja 1566 y entre los turinenses 1574. Esta inferioridad es debida al reducido número de capacidades muy fuertes; ella está en relación con la escasa cantidad de tallas elevadas, trococéfalos é hydrocéfalos (con el cráneo más voluminoso).

Los judíos ofrecen, en los volúmenes infe-

riores, poco más ó menos la misma proporción que la población turinense. Las capacidades medianas (1500 á 1550) son, en compensación, más numerosas entre los judíos; otro tanto sucede con las capacidades medianas elevadas (1550 á 1579).

Capacidades	Judíos turinenses (100)	Cristianos turinenses (100)
1422 — 1469 = 5 0/0	7,5 0,0	7,8 0,0
1470 — 1499 = 2,5 0/0		
1500 — 1539 = 16,25 0/0	33,75 0,0	23,7 0,0
1530 — 1549 = 17,5 0/0		
1550 — 1579 = 21,5 0/0	39,0 0,0	25,0 0,0
1580 — 1599 = 17,5 0/0		
1600 — 1630 = 17,5 0/0	17 0,0	41 0,0

Si las capacidades medianas y aquellas otras un poco superiores á ellas, se encuentran en mayor número entre los judíos, no se debe ciertamente más que á la mayor frecuencia de las ocupaciones intelectuales, que aumentan la capacidad craneana; los cien judíos de Turín, cuyas mediciones hemos realizado, pertenecen casi todos á las clases menos ilustradas. En todos los casos se advierte aquí una diferenciación más saliente; cada categoría mediana presenta proporciones relativamente superiores.

Dedúcese por consiguiente, del conjunto de todos estos datos, en el judío, una notable analogía con los pueblos vecinos, excepción hecha de una abundancia considerable de dolicocefalos, una mayor escasez de rubios y capacidades craneanas exageradas, y una diferenciación notable en las formas del cráneo, debida probablemente á los sucesivos cruzamientos étnicos de que hemos hablado anteriormente.

Las medidas medianas de cinco judíos venecianos comparadas con las de diez católicos de la misma ciudad, han arrojado las diferencias siguientes:

	Judíos m. m.	Católicos m. m.
Circunferencia horizontal....	580	569
Curva longitudinal.....	385	343
Curva transversal.....	320	300
Anehura de la frente..	160	156
Diámetro longitudinal.....	210	196
Diámetro transversal.....	169	153
Total....	1664	1561
Indices....	75	59

Resulta de estas medidas una notable diferencia entre el índice cefálico que ofrece entre los judíos, un número mayor de dolicocefalos y la capacidad cerebral mayor, que no obstante su misma reducida cuanti-

dad acrece su valor tanto más cuanto vemos por los datos antes recogidos entre los turinenses, que ese predominio no puede ser comprobado cuando se estudia en proporciones muy amplias.

He observado que los judíos, más francamente dolicocefalos, son aquellos que se consagran con especialidad al comercio; los bracicéfalos y los rubios abundan más singularmente entre los artistas y los que se dedican á las profesiones liberales.

## APÉNDICE II

### DEMOGRAFÍA DE LOS JUDÍOS ITALIANOS

¿Se diferencian los judíos de los otros pueblos, bajo el punto de vista de la mortalidad y de las enfermedades?

Sí, si nos atenemos á los estudios realizados en Hungría, Francia, Alemania y Holanda.

En Amsterdam la mortalidad de niños de uno á cinco años es de:

8,85 cada 1.000 judíos.

11,52 » » cristianos.

de hombres de 20 á 50 años de:

3,06 cada 1.000 judíos.

5,98 » » cristianos

En Prusia se nota:

1 nacimiento	cada 25 cristianos.
1 »	» 28 judíos.
1 muerto	cada 34 cristianos.
1 »	» 40 judíos.
1 nacimiento	cada 29 cristianos.
1 »	» 35 judíos.
1 nacido muerto	cada 19 cristianos.
1 » »	» 34 judíos.

En Francfort:

En los niños de 1 á 5 años

12,9 muertos cada 100 niños judíos.

24,1 » » 100 » cristianos.

Por cada 100 individuos, 54 judíos llegan á 50 años, 27 á 70, en tanto que entre los cristianos 30 solamente cumplen 50 años y 13,70.

Una cuarta parte de los cristianos no vive más que 6 años y medio; igual proporción de los judíos cumple 28 años y tres meses; un 50 por 100 de los cristianos mueren á los 36 años, y un 50 por 100 de los judíos á los 53 años y 6 meses.

Por cada 100 comerciantes de Francfort, de más de 20 años de edad, 50 cristianos fallecen antes de los 57 años y 50 judíos antes de los 61 años.

En Buda, la vida media es de 26 años para

los cristianos y de 37 para los judíos. Los judíos de 1 á 50 años pierden una décima parte; los cristianos el 14 por 100, un 50 por 100 de los cristianos oriundos de esta ciudad mueren á los 30 años, el 50 por 100 de los judíos á los 50 años; éstos presentan una proporción más considerable de fallecidos á una edad avanzada. por ejemplo un 8 por 100 entre 85 y 90 años, en tanto que para igual número de años los cristianos no ofrecen más que 2,4 por 100.—12 por 100 de los judíos mueren de 60 á 70 años y 9,8 cristianos solamente.

Se ha notado en esta ciudad que los judíos son más refractarios á las fiebres intermitentes, menos sujetos á pneumonias, convulsiones y bronquitis entre los niños que los indígenas: ellos padecen, por el contrario, en compensación de esto, más catarros intestinales y hernias.

Legoyt ha notado también en Francia que la vida media alcanza mayor edad entre los judíos (1).

Yo no había hecho estudio alguno acerca de esta cuestión en Italia, solamente algu-

(1) V. *An. de Higiene* Abril, 1861. Meyer, *Ueber die abens Wartung der Israelites*, Bevolh, 1865.

nos años han transcurrido desde que pude comenzar á realizarlo con el inteligente apoyo de mi querido amigo J. Pardo de Verona. Cuando después de largo destierro, volví á la ciudad que me vió nacer, él puso generosamente á mi disposición una serie de documentos, sobre la causa de los fallecimientos ocurridos desde 1.º de Enero de 1855 á fines de Diciembre de 1864.

He aquí una tabla, resumen de este estudio:

**Resumen de los nacimientos y defunciones ocurridos desde 1.º de Enero de 1855 á fines de Diciembre de 1864.**

Años.	Total de vivos.	Hombres de más de 7 años muertos.	Mujeres id. id. muertas.	Niños antes id. muertos.	Niños id. id. muertas.	TOTAL.	
						Muer-tos.	Naci-dos.
1855	1.210	13	19	11	5	48	41
1856	1.224	7	7	5	3	22	29
1857	1.241	6	6	3	3	18	40
1858	1.259	9	4	3	2	18	29
1859	1.261	12	9	4	5	30	30
1860	1.315	7	6	6	3	22	32
1861	1.340	11	9	5	5	30	30
1862	1.346	4	13	4	5	26	29
1863	1.327	13	6	2	6	27	36
1864	1.282	11	6	8	6	31	24
TOTAL...	12.805	93	85	51	43	272	320

Resulta de esta tabla que el número de muertos entre los judíos (272), es sensiblemente menor que el de nacimientos (320).

Este resumen parece establecer una profunda diferencia entre su mortalidad y la de los católicos de la misma ciudad, donde el movimiento medio en diez años ha sido de 2.155 muertos y 1.957 nacimientos, por consiguiente con una inferioridad notable para los últimos.

Si se compara esta cantidad con el total de la población, cuyos habitantes dan una densidad media de 52.829, observaremos entre los católicos una mortalidad de 4 por 100, y en los judíos de 2 por 100, es decir, la mitad inferior.

Este resultado coincide bastante bien con las observaciones realizadas en el extranjero; mas ¿podría aparecer á primera vista este hecho comprobado de tal suerte?

Creo que no.

Se ve en efecto, en las primeras columnas, que la mortalidad de los niños es muy inferior á la de los adultos.

Cada mil judíos nacidos viables, mueren 217 antes de los siete años, es decir, ni siquiera la cuarta parte; cada mil cristianos venidos al mundo en las mismas condiciones,

fallecen 453 antes de dicha edad, casi la mitad por consiguiente. Otros cálculos establecidos sobre un período de ocho años, 1843, 1844, 1845, 1846, 1847, 1848, 1849, 1850 han arrojado, entre 26.343 católicos fallecidos, 16.027 muertos antes de los siete años de edad, más del 60 por 100, en tanto que en 272 judíos muertos, solamente 94 fallecieron sin cumplir esa edad, es decir, un 30 por 100.

Los niños que presentan la mortalidad más considerable son justamente los ilegítimos. Yo no he contado más que 14 entre los judíos, es decir, el 10 por 100, en los católicos, por el contrario, se elevan hasta un 20 por 100 sobre el total de la población. El número de judíos ilegítimos es demasiado insignificante para ser verídico.

En efecto, la ilegitimidad tiene su origen, así entre los católicos como entre los judíos, en causas generales é idénticas, tales como los prejuicios sociales que pretenden que una mujer se deshonor por haberse entregado antes del matrimonio, el instinto sexual que es acaso más pujante en los israelitas y finalmente todos los obstáculos que se acostumbra á oponer á la educación de los niños ilegítimos.

Aunque sólo faltara esta última causa

entre los judíos, ¿sería suficiente ella para explicar la enorme diferencia de estadística?

No lo creo.

Muy cierto que muchos judíos eran en otro tiempo depositados en los tornos (abolidos hoy) (1); luego el número de judíos ilegítimos abandonados aumenta considerablemente la proporción de los católicos, haciendo desaparecer en la estadística una fuente de mortalidad para los israelitas.

La diferencia entre esos datos es por consecuencia más aparente que real; creo que la misma consideración debe ser estudiada en las otras naciones que, con relación á los judíos, han suministrado á los estadísticos una mortalidad mayor, una vida media menos larga; resultado debido probablemente á que no se han tenido en cuenta los *bre-fótrofos* (*crèches*). En efecto, todas las estadísticas que hemos citado anteriormente, están conformes con la observación que los judíos procrean menos niños que los cristianos,

(1) Excepto en España, cuyas provincias ostentan todas en sus establecimientos, *Casas de Maternidad ó Inclusas*, sostenidos por las respectivas Diputaciones provinciales, los característicos tornos con la inscripción. «Abandonado de mis padres, la caridad me recoge». (N. del T.)

relativamente á la población y á los matrimonios; así en Prusia, la relación de los nacimientos con la población es de 1|25 entre los cristianos y de 1|22 entre los judíos; en Furth se registra un nacimiento cada 29 cristianos e igual cifra cada 34 judíos, etc.

Esta observación contradice el fenómeno, que los pueblos semitas son más fecundos que los aryoos, no pudiendo ser explicada sino por la omisión de niños ilegítimos judíos que contribuyen á aumentar el número de los católicos.

He aquí otra demostración de mi aserto:

Al estudiar la mortalidad en las dos razas, teniendo en cuenta las diferencias comprobadas según las diversas edades, se ha encontrado, como en mi caso, la diferencia en la mortalidad suministrada por los individuos apenas envejecidos, que son precisamente los ilegítimos. Así, en Amsterdam, Stockvis observa que la mortalidad de los no-israelitas menores de un año, es doble que la de los demás israelitas, en tanto que ella es por el contrario bien inferior de 1 á 4 años (5 cada 1.000 judíos, 3 cada 1.000 cristianos). Igual observación ha sido realizada en Francfort (véase anteriormente), donde la mortalidad de los niños menores de 5 años

es doble para los cristianos. Otro tanto acontece en Prusia, nación en la que el minimum de la mortalidad ha sido comprobado sobre todo entre los recién nacidos.

La mortalidad de judíos adultos es en Italia (1), en desquite de esto, bastante más considerable que entre los católicos; en efecto, alcanza en los primeros un 65 0/0 y solamente un 39 0/0 entre los segundos.

Estas cifras deben no obstante ser atenuadas por la proporción mayor de fallecimientos de ancianos.

Entre 178 adultos judíos, 86 murieron después de haber cumplido sesenta años.

2 pasaron de 90 años.

17 » 80

33 » 70

34 » 60

Los ancianos figuran en un 48 0/0 en la mortalidad de los adultos. Los dos nonagenarios y 11 de los 17 octogenarios pertenecían al sexo femenino.

Ahora bien, entre los católicos:

4 han pasado de 100 años

77 » 90

656 » 80

1.686 » 70

1.744 » 60

(1) 10.323 muertos adultos entre 26.343, total de fallecidos.

en un total de 4.167: esto arroja el 40 0/0 de la mortalidad en los adultos, cifra notablemente inferior á la de los judíos y que no está suficientemente compensada por los centenarios y el número superior de los nonagenarios.

Débase probablemente tamaña diferencia á los excesivos cuidados de los israelitas por su salud, á la más exquisita comodidad del proletario judío, á su diligencia en huir de las profesiones nocivas, á las asistencias médicas á domicilio, mucho más eficaces que las de los hospitales, que lejos de disminuir las causas de mortalidad vienen á sumarse á las ya numerosísimas, que aquejan al desgraciado proletario por la demasiada acumulación de enfermos en lugares cerrados.

Las mujeres nos han dado (principalmente las jóvenes) menor mortalidad que los hombres. Los dos nonagenarios eran precisamente dos mujeres, y entre los octogenarios se contaban once de ellas. Esto tiene su explicación en la vida más tranquila, menos expuesta á los peligros; igual fenómeno se ha observado en la población católica de Verona.

Los nacimientos arrojan asimismo una proporción inferior de hijas entre los judíos:

la relación es de 607 contra 720 del sexo masculino, mas esta diferencia se encuentra también en los católicos, que dan una cantidad media de 26.000 niñas por 26.329 párvulos varones.

En Prusia, se ha observado justamente todo lo contrario: en esta nación, á la inversa de los datos ofrecidos por los pueblos católicos, las mujeres son en una proporción de 103,37 por 100 hombres.

Las causas de esta desproporción en ambos sexos son, según todas las probabilidades, el clima y la alimentación, de ninguna manera la raza, siquiera sea útil recordar que entre los judíos de Verona, esa disparidad es escasamente menor que en los católicos.

En lo que dice relación á las causas de fallecimiento, yo las he encontrado distribuidas en 94 párvulos y 178 adultos, del modo siguiente:

Afecciones cerebrales. . . . .	20
» intestinales. . . . .	15
Dentición. . . . .	8
Nacimientos antes de tiempo. . . . .	8
Escarlatina y sarampión. . . . .	7
Lombrices intestinales. . . . .	5
Raquitismo. . . . .	3

Fiebre tifoidea. . . . .	3
Croup. . . . .	3
Enfermedades cardíacas. . . . .	3
Bronquitis. . . . .	2
Sclerema. . . . .	2
Tuberculosis. . . . .	1
Edema. . . . .	1
Paludismo. . . . .	1
Asfixia. . . . .	1
Sífilis. . . . .	1
Causas desconocidas. . . . .	8

Tales han sido las causas de la muerte de los 94 párvulos.

Pueden verse claramente por esta tabla las diferencias entre las causas de fallecimiento de los niños católicos, que dan el 6 por 100 de muertos por raquitismo y la de los judíos, que apenas si arrojan un 1 por 100.

El alumbramiento prematuro ofrece un 5 por 100 de muertos en los católicos, y más del 8 por 100 por el contrario entre los judíos. Esta diferencia se debe probablemente á los matrimonios precoces, de que ellos presentan abundantes ejemplos.

Las afecciones cerebrales, eclampsia, meningitis, son inversamente más frecuentes en los niños israelitas que en los católicos;

acaso por igual causa que motiva su también mayor frecuencia en los judíos adultos: el más amplio desarrollo y la actividad mayor del sistema nervioso.

El sclerema y el sarampión se encuentran en menor proporción que en los católicos, fenómeno que está relacionado con la ausencia de los brefotrofinus, que brindan á la epidemia un vasto campo.

Las causas de mortalidad en los 178 adultos fueron las siguientes:

N.º de orden.	ENFERMEDADES	Total.....	Hombres.....	Mujeres.....
1	Afecciones cerebro-espinales (1).....	35	16	19
2	Afecciones intestinales y fiebre tifoidea (2).....	28	14	14
3	Inflamaciones agudas de los órganos respiratorios.....	18	11	7
4	Afecciones cardíacas.....	16	12	4
5	Catarros seniles.....	16	8	8
6	Tuberculosis pulmonar.....	11	9	2
7	Hepatitis (?).....	11	8	3
8	Cirro y cáncer (3).....	9	4	5
9	Cólera.....	7	2	5
10	Flebitis (?).....	7	2	5
11	Hidrotórax.....	5	4	1
12	Fiebre miliar.....	3	1	2
13	Fiebre puerperal.....	2	»	2
14	Escarlatina.....	2	1	1
15	Enfermedades mentales (4).....	2	1	1
16	Suicidio (5).....	2	2	»
17	Fiebre reumática.....	1	»	1
18	Gangrena.....	1	»	1
19	Viruelas.....	1	»	1
20	Caries costal.....	1	1	»
	TOTAL.....	178	93	85

(1) Apoplegia, meningitis, myelitis, etc.

(2) 19 fiebres tifoideas.

(3) Dos tumores del útero.

(4) Un fallecimiento por hidrotórax, uno por marasmo.

(5) Militares alemanes.

Esta tabla nos descubre fácilmente las diferencias con las enfermedades predominantes en la población católica adulta. Las afecciones cardíacas representan escasamente el 4 por 100 de los fallecimientos ocurridos en la mencionada población: entre los judíos es más del 9 por 100. Preponderancia notable que puede explicarse:

1.º Por las habitaciones elevadas, compuestas de muchos pisos (7 y 8), que forman la calle más poblada de los israelitas, y que constituyen para ellos una especie de montaña artificial, con todos los inconvenientes, pero sin ninguna de las ventajas de los países montañosos.

2.º Por la superioridad numérica de los ancianos, más considerables entre ellos, según hemos visto, que entre los católicos; se sabe que las enfermedades del corazón son un patrimonio de la senectud.

3.º Por la mayor exaltación de la sensibilidad. El ansia de medrar, de sobresalir entre los demás, de oponerse á todo, de dominar las circunstancias y los acontecimientos, propia de las razas oprimidas, hasta ser para ellas como una segunda naturaleza y que, procurándolas frecuentemente la fuerza y los medios de salir con éxito de todas

sus empresas, lesiona de rechazo el órgano más sensible á las pasiones.

Estas razones nos explican igualmente por qué dichas enfermedades son menos frecuentes entre las mujeres (4-12). Las pasiones agítanse efectivamente en el sexo femenino con fines más modestos, encontrando casi un término en el matrimonio.

Razones análogas justifican las numerosas apoplejías, neuralgias y otras enfermedades nerviosas, que se registran entre los judíos: afecciones que, relativamente á la población ordinaria, representan el 8 por 100 de óbitos, y que en los israelitas son más de un 19 por 100. Contribuye muy mucho á esto la costumbre judía de los enlaces matrimoniales entre consanguíneos. El más amplio desarrollo y la fatiga más intensa del sistema nervioso influyen todavía, no dedicándose ningún judío á los trabajos puramente manuales y ejerciendo la mayor parte profesiones que exigen una actividad especial.

En efecto, he tenido ocasión de comprobar por mí mismo que algunos judíos, que gracias á la laudable iniciativa de mi buen amigo el Doctor Calabi y otros varios, ejercían las artes mecánicas, para las que revelaban cierta disposición, hubieron de aban-

donarlas en cuanto que condiciones prósperas les permitieron emprender su comercio, asemejándose en esto á los groenlandeses que dejan las habitaciones bien confortadas de las ciudades para tornar á sus cuevas de hielo.

Esta tendencia nativa á los ejercicios intelectuales y especialmente á las especulaciones mercantiles, proviene del mayor desenvolvimiento del cerebro, así como de las condiciones en que han vivido los judíos durante largo tiempo; acaso precise invocar finalmente para explicarnos esto mismo, esa costumbre heredada de sus antepasados los fenicios, con los que habían de común el origen, el lenguaje, los usos, y por consiguiente, las inclinaciones.

Las dolencias agudas del pecho que acusan el 50 por 100 de defunciones entre los católicos, no alcanzan en los judíos más que el 8 ó 9 por 100. Débese ello justamente á las profesiones poco fatigosas, no ejercidas á grandes alturas, y que no exponen por tanto á enfriamientos súbitos: ésta es también precisamente la causa de que las mujeres padezcan esas enfermedades menos que los hombres.

La tuberculosis arroja por el contrario, en

una décima parte, un número poco más ó menos igual (5 por 100 en los judíos, 7 por 100 en los católicos). No es de extrañar esto, si se piensa en las condiciones de los domicilios de los judíos pobres, hacinados durante años enteros en habitaciones angostas, oscuras, sucias, cubiertas de polvo y ocupados en oficios que exponen algunas veces á la aspiración de miasmas orgánicos; si la cifra de la mortalidad es más reducida que entre los católicos, hemos de atribuirlo á la sólida alimentación animal, acostumbrada aun por los pobres y al escaso número de pneumonías.

El cáncer y el cirro se presentan, como causas de muerte dos veces más frecuentemente que en los católicos (2 por 100): las mujeres hallanse más expuestas á ellas que los hombres. Esta mayor frecuencia del cáncer coincide perfectamente con la de la tuberculosis, corroborando las relaciones que Concato ha descubierto entre él y la tisis. Las enfermedades intestinales han producido un número más considerable de fallecimientos que entre los cristianos: esto concuerda exactamente con lo observado por Glötter en Hungría. Creo que la explicación más plausible es la acumulación de judíos

menesterosos en locales reducidos mal ventilados, causa frecuente de tifus, y acaso el consumo de manjares demasiado grasos, no onformes con nuestros climas templados.

Podría notarse también (si todavía puede confiarse en los diagnósticos), la abrumadora cantidad de hepatitis que representan casi el 5 por 100 de las defunciones. Suponiendo que todos esos datos fueran exactos, esto habría de explicarse justamente por el desenvolvimiento más considerable del hígado, propio de todas las razas meridionales, y por consiguiente, del judío.

El número de enfermedades puerperales es muy reducido en el judío (1 por 100) y mayor entre los católicos (4 por 100), indudablemente por los cuidados más exquisitos prestados á las paridas indigentes y sobre todo por la carencia de casas de maternidad, tan frecuentemente invadidas por las enfermedades epidémicas.

Digno de mencionarse es el número insignificante de suicidas, 2, y lo que es todavía más curioso, dos militares extranjeros. Esta escasez de suicidios explicase por el temor religioso, tal vez más exagerado en los israelitas, y por el instinto de conservación más arraigado en ellos que en las otras razas.

Consideremos finalmente que no hemos apuntado ningún fallecimiento por traumatismo.

Sin embargo, este hecho se acordaría con los estudios realizados en Berlín y París por Legoyt.

Hemos notado un 4 por 100 de defunciones causadas por el cólera, de las que casi todas fueron de mujeres. Insisto sobre este punto, porque él demuestra la falsedad de la pretendida inmunidad de los judíos para semejante enfermedad: inmunidad errónea que ha de referirse á la relativa inmunidad que tienen para todas las epidemias, y en general para casi todos los males, las gentes bien nutridas y asaz cuidadosas de su salud: inmunidad relativa confirmada por lo demás, por la exigua cifra de escarlatinosos y variolosos limitada en absoluto á un 3 por 100.

Resumamos: 1.º El judío presenta una mortalidad menor que el católico, y por consiguiente, una vida más prolongada: esta diferencia se debe principalmente á la falta de niños ilegítimos entre los judíos, falta más aparente que real.

2.º La mortalidad de párvulos judíos es por esta razón excesivamente inferior.

3.º La mortalidad de judíos adultos es más considerable que entre los católicos.

4.º El número de ancianos fallecidos es proporcionado al de los adultos, mayor entre los israelitas.

5.º El número de mujeres muertas es menor que el de hombres, debiéndose esto en parte, á la proporción más reducida de nacimientos en las niñas: otro tanto se observa en la población católica. Las mujeres alcanzan un número superior de nonagenarios y octogenarios.

6.º Las mujeres presentan una proporción menos considerable de pneumonías, afecciones cardíacas y hepáticas: por el contrario, mayor número de coléricos y afecciones cerebro-espinales.

7.º En general, las causas de mortalidad difieren en los judíos de aquellas que predominan entre los católicos. El raquitismo y el esclerema son muy raros en los niños judíos. Los nacimientos prematuros y las eclampcias, más numerosas. Entre los adultos predominan las enfermedades cerebrales y cardíacas, hepáticas, intestinales y cancerosas; las inflamaciones agudas de las vías respiratorias, son singularmente raras, igual que los suicidios y los fallecimientos por traumatismo.

8.º La inmunidad del judío para las enfermedades contagiosas y epidémicas es absurda.

9.º Finalmente, si se compara la población judía con la parte de la población católica que no se dedica á los trabajos manuales, las diferencias estadísticas y clínicas son muy reducidas, y mínimas si se pudieran tener en cuenta los niños judíos ilegítimos.

Luego, el ciudadano judío es ante la muerte igual que el ciudadano cristiano: conclusión perfectamente acorde con las observaciones que nos ha suministrado la antropometría, para demostrar su escasa diversidad con las naciones en que viven.

### APÉNDICE III

#### CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS CRÁNEOS ANTIGUOS, JUDÍOS Y FENICIOS.

No acostumbrando á hablar *in verba magistri*, ni á sentar conclusiones importantes sin aducir pruebas directas, he querido completar la presente monografía, estudiando en amplia escala un gran número de cráneos judíos, comparados á los de los semitas puros. Desgraciadamente para la ciencia, los judíos, llevados por un prejuicio profundamente arraigado, no permiten las autopsias entre ellos; no consienten, pues, exhumar de los cementerios los cráneos de sus correli-

8.º La inmunidad del judío para las enfermedades contagiosas y epidémicas es absurda.

9.º Finalmente, si se compara la población judía con la parte de la población católica que no se dedica á los trabajos manuales, las diferencias estadísticas y clínicas son muy reducidas, y mínimas si se pudieran tener en cuenta los niños judíos ilegítimos.

Luego, el ciudadano judío es ante la muerte igual que el ciudadano cristiano: conclusión perfectamente acorde con las observaciones que nos ha suministrado la antropometría, para demostrar su escasa diversidad con las naciones en que viven.

### APÉNDICE III

#### CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS CRÁNEOS ANTIGUOS, JUDÍOS Y FENICIOS.

No acostumbrando á hablar *in verba magistri*, ni á sentar conclusiones importantes sin aducir pruebas directas, he querido completar la presente monografía, estudiando en amplia escala un gran número de cráneos judíos, comparados á los de los semitas puros. Desgraciadamente para la ciencia, los judíos, llevados por un prejuicio profundamente arraigado, no permiten las autopsias entre ellos; no consienten, pues, exhumar de los cementerios los cráneos de sus correli-

gionarios. Un estudio directo de la craniología judía, es por consiguiente muy difícil, aún para el antropólogo más rico.

Habiendo sabido afortunadamente por el distinguido profesor de antropología Gamba, que la Academia de Turín poseía cinco cráneos de judíos, encontrados en las catacumbas de San Calixto (1), regalo inestimable del profesor Maggioroni, decidí desde luego aprovecharme del inesperado hallazgo, tanto más precioso, cuanto que las mezclas étnicas debían ser en aquella época más reducidas y por consiguiente mayor la autenticidad del tipo.

Los he confrontado, asistido por el Doctor Roncoroni y el estudiante Bruni, con siete cráneos fenicios, uno de los cuales fué examinado por Nicolucci; y con otros seis ofrecidos por el general Cesnola, quien los descubrió en sus investigaciones en la isla de Chipre, donde encontró al propio tiempo los ídolos de Phallus é inscripciones fenicias; estos cráneos son por tanto de una autenticidad indudable, y según sus estudios, se

(1) Pretendido santo que parece debió ser un libertino, y después secretario infiel de un banquero; así á lo menos se desprende de los *Philosophomenes*; vivió hacia el año 150 después de J. C.

remontan á la época de Sennaquerib, VII s. antes de Jesucristo.

#### *Cráneos hebreos.*

El estudio de los cinco cráneos hebreos (inscriptos en el Museo con los números 47, 48, 49, 50 y 51), nos ha dado los resultados siguientes:

Núm. 47.—Frente fugaz.—Sutura sagital casi borrada.—Alvéolos dentarios desaparecidos.—Hueso Wormvers en el occipucio.—*Thorax occipitalis*.—Angulo orb. del frontal un poco prominente.—Abertura nasal pteleiforme.—Senos frontales.—Orbitas cuadrangulares con capacidad á D. de 34, á Y. de 27, total 61. Índice cefálico orbitario 21,4. Con la clasificación craniana de Sergi.—*Ellipsoides isoporiscampylus*.

Diámetro longitudinal, 150.—Transversal, 144.—Índice cefálico, 80.

Diámetro vertical, 123.—Bizygomático, 129.—Frontal minimum, 90.

Circunferencia, 512.—Curva longitudinal (en la cavidad occipital), 342.—Transversal, 290.

Peso (debajo del maxilar inferior), 295.—Capacidad, 1.310.—Índice vertical, 79.

Núm. 48.—Cavidad occipital mediana.—Caracteres infantiles.—Sutura basilavre abierta.—Frente perpendicular y baja.

Hendiduras parietales exageradas.—Parece haber pertenecido á un niño de trece años.—*Pantagonoides oblungus*.

Diámetro longitudinal, 184.—Transversal, 140.—Índice cefálico, 76,1; las órbitas derecha é izquierda tienen un volumen de 22 cmc. cada una; el índice cefálico, orbital, es de 30,7.

Diámetro facial vertical, 118.—Bizygomático, 109.—Frontal minimum, 51.

Circunferencia craneana, 502.—Curva longitudinal (hasta la cavidad occipital), 354.—Transversal, 285.—Peso (sin los maxil.), 410.—Capacidad, 1.350.—Índice vertical, 72.

Num. 49.—Tipo regular más con *thorus occipitalis*.—Senos frontales exagerados.—Hueso nasal entrante, línea crotafítica neta, rugosidad demasiado notable en el hueso mular, aplanamiento del ángulo externo del frontal; hendiduras parietales salientes: se nota una depresión de 1 1/2 cmc. detrás del bregma, que da al cráneo una forma de silla de caballo. Según el método de Sergi, este sería un *splenooides oblungus*.

Diámetro longitudinal, 191.—Transversal, 149.—Índice cefálico, 78.

Diámetro vertical, 146.—Bizygomático, 130.—Frontal minimum, 100.

Circunferencia, 520.—Curva longitudinal, 350.—Transversal, 300.

Peso, 640.—Capacidad, 14,40.—Índice vertical, 79.—Volumen orbit., á D. 31,5 á Y. 31.

Total, 62,5.—Índice céfalo orbitario, 23,2.

Núm. 50.—Cráneo quebrado.—Regular.—Hueso wormiens considerable; ligera asimetría del occipucio; ligero desvío del parietal sobre el frontal; mandíbula aguda.—Un poco platicéfalo; línea crotafítica neta; suturas sagitales y coronarias simples.—Según el método de Sergi, este sería un *Byrsoide*.

Diámetro longitudinal, 181.—Transversal, 151.—Índice cefálico, 83,4.

Circunferencia, 516.—Curva longitudinal (hasta la cavidad occipital), 362.—Transversal, 320.

Peso, 530.—Capacidad, 1.530. La órbita derecha tiene un volumen de 28 cc., falta la órbita izquierda.

Núm. 51.—Cráneo espeso con sutura metópica.—Sutura sagital un poco prominente

y rugosa.—Huesos nasales entrantes.—*Sphenoïdes latus*.

Diámetro longitudinal, 173.—Transversal, 130.—Índice cefálico, 75,1.

Diámetro vertical, 194.—Bizygomático, 124.—Frontal minimum, 122.

Circunferencia, 502.—Curva longitudinal *alph*, 352.—Transversal, 305.

Peso (siempre bajo las mandíbulas), 680.—Capacidad, 1,310.—Índice vertical, 80.—Volumen orbitario, á D. 25,5, á Y. 26, índice orbitario, 25,7.

#### *Cráneos fenicios.*

Núm. 119.—¿Cráneo de mujer?—Triple *plagiocéfalia* del parietal Y, del occipital y del frontal D.—Hueso basilar horizontal irregularmente ovoide con asimetría de la sagital que por detrás se desvía á la izquierda.—Cráneo patológico.

Diámetro longitudinal, 180.—Transversal, 140.—Índice cefálico, 77,8.

Diámetro vertical, 132.—Frontal minimum, 101.—Circunferencia, 502.—Curva longitudinal, 354.—Transversal, 322.—Capacidad, 1.498.

Núm. 121.—Hendiduras parietales prominentes.—*Thorus occipitales*.—(Incompleto).—Cráneo casi basiótico, debido á la existencia de una cavidad en el seno posterior del basilar; cavidad desgarrada posterior excesivamente ancha; cavidad occipital mediana bien desenvuelta.—*Romboïdes oblungur* de Sergi.

Diámetro longitudinal, 185.—Transversal, 152.—Índice cefálico, 82,2.

Diámetro vertical, 129.—Frontal minimum, 100.

Núm. 122.—Cráneo oblongo.—*Plagiocéfalia* posterior; hueso wormiens; abertura *pteleiforme* de los huesos nasales; *Thorus occipitales*. Lado izquierdo de la bóveda craniana, deprimido con la sutura coronaria borrada á la izquierda, en tanto que á la derecha la sutura es manifiesta.—Borde orbitario del frontal prominente. *Sphenoïdes stenometopus* de Sergi.—Netamente dolicocefalo.

Diámetro longitudinal, 185.—Transversal, 140.—Índice cefálico, 75,7.

Diámetro vertical, 115.—Bizygomático, 118.—Frontal minimum, 96.

Circunferencia, 511.—Curva longitudinal, 330.—Transversal, 292.

Peso, 580.—Capacidad, 1,240.

Número 123.—Cráneo ultra-dolicocéfalo.—Notable levantamiento á lo largo de la sagital; el occipital inclinado por bajo; los zygómáticos son muy prominentes, rostro muy elevado.—*Pentagonoides acutus* de Sergi.

Diámetro longitudinal, 193.—Transversal, 135.—Índice cefálico, 69,9.

Diámetro vertical, 133.—Bizygomático, 130.—Frontal minimum, 100.

Circunferencia, 514.—Curva longitudinal, 392.—Transversal, 293.

Peso, 551.—Volumen orbitario á D. 26, á Y. 25; total, 51; el índice cefálico orbitario es de 27,4.

Número 124.—Cráneo dolicocéfalo.—Elipsoides *isopéricampylus* (iguales á las curvas de Sergi).

Diámetro longitudinal, 199.—Transversal, 149.—Índice cefálico, 74,9.

Frontal minimum, 110.

Circunferencia, 552.—Curva longitudinal, 376.—Transversal, 320.

Capacidad, 1,490.

Número 125.—No queda más que el casquete, la frente es demasiado fugaz; el cráneo es pequeño (cráneo de enano), el ángu-

lo orbitario del frontal es muy prominente. *Trapezoides pyrgoïdes*.

Diámetro longitudinal, 173.—Transversal, 137.—Índice cefálico, 79,2.

Diámetro vertical, 116.

El cráneo fenicio de Nicolucer es *ovoïdes medius*, muy dolicocéfalo y da las medidas siguientes:

Diámetro longitudinal, 183.—Transversal, 133.—Índice cefálico, 72,7.

Diámetro bizygomático, 115.—Frontal minimum, 157.—Circunferencia, 530.—Curva longitudinal, 365.—Transversal, 330.

Un resto de cráneo (letra A. 128) presenta un poco de esclerosis y la sutura metópica.

Diámetro longitudinal, 191.

De los cinco cráneos hebreos, tres son dolicocéfalos verdaderos, dos bracicéfalos, uno de ellos muy claramente (83). En el mediano el índice cefálico es de 78.

La capacidad craniana, excepto en un caso, es inferior á la mediana.

La dolicocéfala es por el contrario en los cráneos fenicios, mucho más clara, alcanza el índice 69, de tal suerte que cada siete cráneos uno solo es bracicéfalo y el índice cefálico es por término medio de 73. Ahora bien, siguiendo el método de Sergi, se ve

de seguida cuanto mayor es la diversidad de formas en los cráneos hebreos que son mucho más abiertamente diferenciados, y que por su misma variedad se aproximan más á los cráneos europeos que á los cráneos semitas.

Estos reducidos datos nos demuestran ya cuanto difiere el cráneo hebreo del cráneo semita, tan puro por su dolicocefalia.

Además de la llevada á efecto por Lushan, todas las observaciones realizadas sobre series más ó menos numerosas y de tan diversas procedencias de semitas, arrojan cifras medias que varían de 73 á 77. Una colección de 28 cráneos ha dado á Quatrefages y á Hamy una mediana de 72,9. La descubierta por Topinard en otros 28 cráneos es de 74.

28 árabes (Gilbert Dhercourt) . . .	76
74 » (Lugneau) . . . . .	75,4
47 » (Topinard) . . . . .	76,3
20 » de la Arabia Pétreá . . .	73,8
20 » beduinos de Siria . . .	75,4

Los moros del Sur de Marruecos presentan la misma conformación. La elevación craneana es por lo demás muy—evidente.—El índice vertical es aproximadamente de 100 en tanto que entre nuestros hebreos no da más que 80.

Estos datos son una prueba más del escaso semitismo hallado entre los judíos, aun en épocas muy remotas (1).

(1) *Dict. des Sciences Anthropol.* Artic. *Semil.* 1882.



## ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
DOS PALABRAS.....	13
CAPÍTULO I.—Causas del antisemitismo...	17
CAP. II.—Defectos de los judíos.....	37
CAP. III.—Epidemia antisemita.....	47
CAP. IV.—Falsos prejuicios que invoca el antisemitismo.—La mezcla de razas....	57
CAP. V.—Caracteres comunes con los pue- blos europeos.....	71
CAP. VI.—Razas mixtas.....	83
CAP. VII.—Genios innovadores judíos....	93
CAP. VIII.—El progreso y el judío.....	105
CAP. IX.—Intereses económicos.—Utilida- des comerciales.....	124
CAP. X.—Moralidad de los judíos.....	144
CAP. XI.—Profilaxis del antisemitismo...	147
APÉNDICE I.—Antropometría de los judíos de Turín.....	159
APÉNDICE II.—Demografía de los judíos talianos.....	171
APÉNDICE III.—Consideraciones sobre al- gunos cráneos antiguos, judíos y feni- cios.....	193
Tabla craneométrica.....	204

